

MANUEL BOBIS REINOSO

# EL CANTO DEL CISNE



Manuel Bobis Reinoso

*A mi mujer, Mónica, y a mis hijos Manuel y Fernando.  
A Nani Faz Sambruno, quien embelleció con su manantial de  
arte las desnudas páginas de la primera edición de este libro de  
cuentos psicológicos.*

*A don Narciso y a mis queridos compañeros del Instituto San  
Isidoro.*

*A Daniel, chico trans, quien decidió con valentía, desde  
su madura juventud, ser él mismo.*

*Al desaparecido Bazar Victoria y a cada establecimiento  
antiguo y con sabor que aún nos quedan en Sevilla y en  
España, a los que debemos proteger ciudadanos y gobernantes.*

*A Vainica Doble.*

*A Mercedes y a Evelyn, que conocen bien las secuelas que  
dejan los abusos sufridos en la infancia.*

Manuel Bobis Reinoso

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

© Manuel Bobis Reinoso 2023

Registro de la propiedad intelectual de Andalucía:

ISBN: 9798392194360



Corrección, maquetación, ilustración y diseño de portada: **Drakkar Ediciones.**

Impresión y encuadernación: Amazon.

# EL CANTO DEL CISNE





## *Cuaderno adorable de psicocuentos de Ventura Zabolón*

### *Noticia*

*Mi nombre era Ventura Zabolón, aunque todo el mundo me conocía como Gorrión. En vida era psicólogo, me gustaba escribir psicocuentos en los que intentaba reflejar la fragilidad, estupidez y maldad del ser humano. También me agradaba inventar juegos de mesa con los que olvidaba el hastío de una existencia huérfana de emociones ansiadas, pero no cumplidas. Nunca fui agraciado físicamente, ni la naturaleza me dotó de un carácter divertido.*

*Usted ha comprado mi amplia y hermosa casa, le agradezco el buen gusto y espero que mis sobrinos lo hayan, o la hayan tratado como se merece. A ellos les encargué la tarea de elegir bien al comprador, pues es mi deseo que se conserve tal cual es. He procurado*

Manuel Bobis Reinoso

*cuidar y conservar la nobleza de sus maderas, de sus cerámicas y de sus muebles. Seguro que usted sabrá apreciarlo.*

*Al redactar este texto, estaba vivo, como lo ordena la lógica, o quizás tendría que precisar que era un difunto en vida, pues, aunque mis constantes vitales eran saludables y podrían haber perdurado durante décadas, mi alma renunció a ser alma hace muchos años. Cuando usted lea estos renglones nacidos de mi pluma, ya estaré muerto, habré puesto fin a mi propia vida.*

*He sido un cobarde digno del mayor de los desprecios, pero, al menos, quiero ser honesto con usted, porque habrá gastado una considerable suma de dinero en adquirir el inmueble y porque nadie merece cargar con errores que cometieron otros. Debe saber que esta casa guarda un espantoso secreto que ha sido la causa de mi suicidio. Deseo descubrirle ese secreto, pero como he sido siempre muy aficionado a los juegos, prefiero que lo descifre usted mismo, o usted misma interpretando mi último cuaderno adorable, que*

*consta de esta noticia, veintiún psicocuentos y un epílogo. No será complicado, bastará con que lo lea atentamente. Abrigo la esperanza que no le asuste demasiado y le sirva para redimir esta casa fascinadora de su execrable carga y haga lo que yo no hice, pero debe hacer cualquier persona decente. Ojalá logre ser feliz residiendo en ella durante largos años.*

*Gorrión.*



# Capítulo 1

## Club Proanamía

Bastó el comentario inoportuno y malintencionado sobre su aspecto y obesidad que hicieron unas distinguidas y queridas amigas para que todo cambiara en su cabeza. Eugenia Luzmila se sintió avergonzada de su cuerpo, deseó cambiarse a ella misma. Una desmedida obsesión por su peso se apoderó de su entendimiento.

—¡Delgada, delgada, delgada hasta el extremo!

Desarrolló un miedo intenso a la obesidad, pero sentía un apetito voraz. Comenzó a provocarse vómitos. Hacía ejercicio diario, tomaba sesenta laxantes al día que ella misma preparaba a base de tomates y naranjas. Un año después, dejó de tener la regla.

Una mañana, después de darse un buen atracón de dulces y de causarse el vómito, acudió, como cada día, a su librería infantil. A mediodía, entró en el establecimiento una mujer rubia extremadamente delgada que parecía un esqueleto vestido con ropas llamativas. Entabló conversación con Eugenia. Ambas mujeres entendieron inmediatamente qué era aquello que

Manuel Bobis Reinoso

las unía, estuvieron hablando sobre el tema durante una hora y media. La mujer rubia invitó a Eugenia a asistir a las reuniones del club Proanamía, invitación que fue aceptada sin dudar.

Las componentes del club Proanamía se reunían los primeros miércoles de cada mes en un amplio palacete situado en el paseo de la Alameda. Eugenia acudió por primera vez entusiasmada, se sentó junto a su nueva amiga, contempló el grupo compuesto por unas cincuenta mujeres, casi todas muy jóvenes, y escuchó con interés. La presidenta del club abrió el turno de palabra:

—Queridas princesas, quiero daros la bienvenida de nuevo a nuestro club. Imagino que habréis pasado un mes duro luchando contra la incomprensión de aquellos que consideran la anorexia y la bulimia como trastornos alimentarios, pero para eso estamos aquí, para recordaros que ser ana es una elección libre de un estilo de vida y no una enfermedad mental o física. Habréis vuelto a escuchar, una vez más, que nuestras dietas son una brutalidad y un sinfín de ataques a nuestra elección de vida. Estamos aquí para animaros a disfrutar de la anorexia, a que os sintáis bien siguiendo el camino, para que nos alentemos a formar una familia en la que nos sintamos seguras, en la que nadie nos juzgue y en la que todas nos comprendamos. Una familia en la que nos

inspiremos unas a otras y en la que difundamos nuestro estilo de vida, pero recordad, siempre desde el anonimato, pues no faltan enemigos de nuestro estilo y nuestras creencias. Ahora vamos a dar la bienvenida a nuevas amigas que nos visitan por primera vez, personas que no tienen anorexia, pero anhelan vivirla, mujeres que quieren convertirse en princesas, ser nuevas discípulas, que desean que las orientemos para lograr ser anas. Demos un fuerte aplauso de bienvenida a nuestras anas wanabes.

Eugenia Luzmila y otras tres jóvenes se levantaron y saludaron mientras escuchaban los aplausos. La presidenta prosiguió:

—Ahora, unas distinguidas y avanzadas princesas nos van a comentar algunos trucos para seguir siendo anas y engañar a nuestros familiares.

Una chica pálida y consumida tomó la palabra:

—Queridas princesas, más y anas wanabes, si os ven vuestros familiares delgada decid que sí, que comeréis más. Dad la comida a vuestro perro, maquillaos para que no se noten ni las ojeras ni la palidez y cuando estéis en casa, vestíos con ropas amplias para que no noten la delgadez. Utilizad una taza opaca cuando comáis, fingid que bebéis y escupid lo masticado en la

Manuel Bobis Reinoso

taza. Pasad por la cocina de vez en cuando para que no sospechen. Esconded una bolsa en vuestra habitación para ocultar la comida, pensad en gordas y recordad a todo el que se rio de vosotras por serlo. Manteneos continuamente en movimiento y bebed muchísima agua.

Nuevos aplausos, cuando se apagaron, otra chica comenzó a hablar:

—Ahora unos consejos para aguantar cuando os dé hambre: miraos al espejo y comparaos con la princesa que más admiréis. Mordeos los labios y, si no podéis resistir la tentación, masticad muy despacio la comida y escupidla luego. Comed solo cuando haya gente delante para que no sospechen, pero, recordad que el día anterior no debéis comer nada.

De nuevo habló la primera princesa:

—Mirad cómo come la gente gorda, pues os ayudará a manteneros firme. Manchad los platos de comida y dejadlos sobre la mesa para que crean que habéis comido. Disfrutad de la sensación de hambre, porque eso significará que estáis adelgazando. No os abriguéis cuando tengáis frío porque así vuestro cuerpo consumirá un mayor número de calorías. Tomad grandes cantidades de té verde y limón o vinagre en ayunas. Cuando consigáis no comer, meted el dinero que os hubierais gastado en una hucha.

La presidenta volvió a tomar la palabra:

—Recordad que todo lo que estamos hablando está recogido en nuestro libro *Conviértete en Princesa*, su lectura os ayudará, pero debéis procurar que no os vean con él. Ahora una princesa que practica la automutilación quiere hablaros de ella, por si os animáis.

Una muchacha se levantó de su asiento y comenzó a hablar con la voz más alta que le permitían sus escasas fuerzas:

—La automutilación es la manera que tengo de liberarme del daño psicológico mediante el dolor físico, de descargar mi rabia, mi tristeza y mi frustración. El ver la sangre correr por mi piel y el dolor de las heridas hacen que me sienta feliz y calmada y entre en un estado de serena tranquilidad. Unas veces me quemo, otras me abro viejas cicatrices, me arranco el pelo, me golpeo la cabeza contra la pared e incluso me he roto algún hueso. La práctica que prefiero es hacerme cortes profundos en todas aquellas partes del cuerpo que pueda esconder bajo la ropa. Siento que necesito cortarme, creo que se está convirtiendo en una adicción para mí. —La muchacha se levantó el vestido y exhibió numerosas y amplias cicatrices en ambos muslos. También enseñó los hombros en los que presumía de tener tatuadas una A y una M.

Manuel Bobis Reinoso

El aplauso se oyó mucho más sonoro y duradero.

La presidenta prosiguió:

—Ahora, para terminar con el turno de anas, vamos a recordar nuestro credo. Cuando terminemos, nos hablarán nuestras queridas mías.

Recitaron a coro:

—Mediante el control ordeno mi caos interno. Soy inútil, despreciable e indigna de la atención de nadie. Creo en la perfección, lucho por ella y para conseguirla hago cada día un esfuerzo mayor. Creo en la negación del cuerpo, para ello ayunaré eternamente y solo me fiaré de la báscula como indicadora de mis éxitos.

Una muchacha, no tan delgada como las anteriores, tomó la palabra por primera vez:

—Queridas princesas, las mías aquí presentes no podemos ocultar nuestra gran admiración por las anas, somos mías porque no tenemos vuestra fuerza de voluntad ni vuestra distinción. Somos mías, pero realmente nos gustaría ser anas. Os vemos como seres superiores y nos consideramos a nosotras mismas pertenecientes a un rango inferior en el que solo caben monstruos que no saben controlar sus impulsos.

Ahora voy a daros unos consejos a las nuevas mías para que sepáis vomitar sin tanto esfuerzo. Debéis ir al baño justo después de comer, pues si esperáis, os costará

más trabajo. Tened preparado todo lo que necesitéis: agua para beber, toallas para limpiaros, etc. Es más fácil sacar todo si os ponéis de pie, pues de rodillas cuesta más trabajo. Se introducen dos dedos hasta llegar a tocar la campanilla, veréis que inmediatamente se comienza a salivar y a tener contracciones en el estómago. Tomad bastante líquido durante la comida, ayuda mucho; al principio os costará sacar algo, pero, a medida que vayáis ganando experiencia, seréis capaz de echarlo todo. Cuando solo salga agua será cuando os hayáis purificado. El agua fría refresca bastante la garganta. Por último, recordad que debéis tener cuidado por si alguien escucha y, sobre todo, no olvidéis de limpiar bien el baño.

Fuerte y entusiasmado aplauso, la muchacha prosiguió:

—El baño es mi templo sagrado donde limpio mis pecados y pongo en orden esta tormenta de emociones que soy. Todos los días acudiré a mi templo y, cuando no lo haga, castigaré a mi cuerpo cortándome. Intentaré ser delgada como una ana, seré perfecta. Lo que me alimenta me destruye, lo que hoy es un sacrificio acabará mañana siendo el mayor logro de mi vida. Ana y Mía me ayudarán a ser perfecta.

Manuel Bobis Reinoso

En aquel momento, Eugenia Luzmila decidió convertirse en princesa, princesa perfecta de cuento de hadas.

## Psicocuento 1

### El granjero y el rey

*Hace mucho tiempo, vivió un granjero llamado Admaec Fa, gran amante de los pájaros. Su casa, en la que no existía ni una sola jaula, estaba atestada de aves que revoloteaban alegremente por salón, cocina y dormitorios. El granjero, todos los días, desmigaba pan y esparcía las migas delante de la puerta abierta y en el interior de su casa. Jilgueros y gorriones saltaban confiados desde la mesa a la cocina, desde la cocina a la ventana, desde la ventana a la chimenea apagada y desde la chimenea a los hombros o las manos de los hijos o de la mujer de Admaec. En el exterior, las aves nocturnas colmaban de paz las noches de la familia con su sencillo susurro gutural.*

*Hacía ya tres años que las cosechas no eran buenas a causa de la sequía. El grano comenzaba a escasear. El rey Zebtas Kut no paraba de darle vueltas*

Manuel Bobis Reinoso

*a la cabeza buscando la manera de calmar el hambre que ya comenzaba a atormentar al pueblo. Se le ocurrió una idea que consideraba brillantísima: «si los gorriones comen grano y estropean las cosechas, los gorriones deben desaparecer».*

*Voceros a caballo partieron hacia todos los territorios del país para llevar a los pueblos y habitantes la orden de dar caza a los gorriones hasta exterminarlos. Los habitantes cumplieron la orden utilizando redes, destruyendo nidos, haciendo ruido con cacerolas para que las aves no se posaran en el suelo y murieran exhaustos por no poder descansar.*

*Admaec Fa, al enterarse de la noticia, corrió al majestuoso castillo del rey para pedir audiencia. Fue llevado ante el monarca, a quien explicó que lo que había ordenado no era bueno, porque los gorriones comían muy poco grano y se alimentaban, principalmente, de insectos, que eran los verdaderos enemigos de las cosechas. El soberano no hizo caso, prosiguió con su programa.*

*Zido Tuanipe, guardia del rey, quien estaba de acuerdo con lo que argumentaba el granjero, escuchó con preocupación cómo el monarca rechazaba la explicación.*

*Al llegar a su granja, Admaec Fa se negó a cazar ni un solo pájaro. Prohibió, además, el acceso a sus tierras a aquellos que pretendían cumplir la orden. Seis meses después, la población de gorriones había sido exterminada. La langosta se multiplicó, se convirtió en la mayor plaga que jamás sufrió el país. Las cosechas quedaron destruidas y el hambre, que duró años, mató a cientos de miles de personas.*

*Admaec Fa fue encarcelado en la torre del Castillo Real por su desobediencia. El guardia real, quien años atrás había escuchado la exposición que el granjero le hizo al rey, había perdido en la hambruna a casi toda su familia. Un día, mientras el rey pasaba revista, el guardia real, con los ojos enrojecidos de ira, insultó gravemente al monarca. Fue encarcelado en la misma celda que el granjero.*

Manuel Bobis Reinoso

*En los atardeceres de primavera, asidos a los barrotes de la ventana carcelera, los dos presos, acusados de los terribles delitos de desobediencia e insultos al soberano, veían al monarca pasear plácidamente montado en su caballo. El responsable de la muerte de más de trescientas mil personas disfrutaba, libre, de la tarde soñando con el asado y los ricos vinos que le esperaban a la vuelta mientras recibía la reverencia de todo aquel que se cruzaba con su persona.*

*Fin.*

*Tenía doce años cuando escribí mi primer cuento. Lo hice basándome en una historia real que me contó mi padre. Aquel día, decidí imitar el espíritu de los gorriones: sencillez, libertad, alegría, unión con la humanidad. Elegí vestir siempre del color del fruto de los castaños, que en el otoño regalaban su calor y su entrañable niebla artificial a las calles de Sevilla. Solo algún toque del color del cielo, o del color de la calabaza, o del color del limón, o del color de la nieve*

*nueva y limpia. Castaño en la mirada, castaño en el alma, castaño en el vestido, pájaro sin pretensiones.*

*Firmé el cuento como:*

*Gorrión.*



## *Psicocuento 2*

### *Ondina Serena*

*—Ondina Serena era bellísima. Sus cabellos flameaban largos, ondulados y rubios; sus ojos recordaban del color de las turquesas, su piel lucía blanca y fina. Inmortal como todas las ninfas del agua, vivía eternamente feliz en su manantial cristalino jugando con las burbujas del agua, cuidando de árboles y animales. Su inmortalidad, su felicidad y su belleza solo podían acabarse si se casaba con un humano mortal y daba a luz un hijo.*

*»Ondina se enamoró de un labrador joven, fuerte y valiente, a quien conoció en una noche de luna mientras se bañaba desnuda en el lago en el que moraba. Hombre mortal y ninfa inmortal se casaron. En la ceremonia que selló su unión, el joven prometió: «Cada aliento que dé mientras esté despierto será una prueba de mi fidelidad hacia ti».*

Manuel Bobis Reinoso

*»Meses después, nació un hijo hermoso fruto de su amor. Justo en aquel momento, Ondina comenzó a envejecer y a perder la que hubiera sido eterna belleza.*

*»Años más tarde, la encanecida ninfa mortal paseaba junto al lago una tarde de verano. Mientras acariciaba a los nobles animales que se acercaban, oyó un ronquido familiar que provenía de un cercano bosquecillo. Se acercó, vio que su marido dormía desnudo, abrazado a una hermosa y joven mujer también desnuda. Despertó a su marido y pronunció su maldición: «Me juraste fidelidad en cada aliento que dieras mientras estuvieras despierto, será como lo quisiste. Mientras te mantengas despierto, permanecerás con vida, pero si en algún momento te duermes, morirás».*

*»El hombre tuvo que luchar durante semanas contra el sueño, pero una noche, rendido por el cansancio, se quedó dormido y murió.*

*—¿Por qué me cuenta esto doctor? —preguntó el usurero.*

—No es más que mitología, pero en la realidad la maldición de Ondina existe.

—¿Qué me está diciendo, que sufro una maldición?

—¡No hombre! Es solo un término médico.

—¿En qué consiste esa maldición?

—Algunas personas, cuando duermen, corren riesgo de morir porque respiran a un ritmo demasiado bajo. Es una enfermedad.

—¿Una enfermedad?

—Sí, se llama hipoventilación alveolar primaria, que es lo que usted sufre.

—¿Qué es lo que la causa?

—No se conoce exactamente, de todas formas, usted padece la forma más leve, es muy improbable que muera mientras duerme, aunque su sueño no es eficiente, no descansa debido a la falta de oxígeno y por eso está siempre cansado y con dolores de cabeza.

—Eso explica mi eterno cansancio, mis continuos dolores de cabeza y mi terror a quedarme dormido.

Manuel Bobis Reinoso

*El usurero abandonó la consulta del médico, fue  
a abrir su establecimiento.*

*Gorrión.*

## *Psicocuento 3*

### *El hombre sin imagen*

*La mañana del 12 de julio, en su casa situada en la plaza de la Alfalfa, Marcial Eleuterio, el hombre sin imagen, se miró al espejo, pero no vio su propio reflejo. El suceso no le causó gran sorpresa, lo estaba esperando, aunque sí cierta preocupación. Tomó su desayuno: un tazón de café mizado con pan que le supo amargo, muy amargo, que confirmaba el terrible destino escrito en las iniciales de su nombre, M. E. Morirá envenenado. Sabía que estaba empezando a pudrirse porque el olor que desprendían sus vísceras era insoportable, inundaba toda la casa y se filtraba hacia el exterior. Abrió las ventanas para comprobarlo, vio cómo los transeúntes que pasaban por la plaza se tapaba la nariz y la boca, incluso alguno comenzaba a vomitar. De la cocina surgió una voz que le ordenaba:*

Manuel Bobis Reinoso

*—¡Marcial, son ya las diez, debes cumplir con tu obligación!*

*Él sabía que habían dado las diez porque cuando sonaba el reloj de cuco del salón, sentía que se le quemaban las manos. Ya hacía minutos que había sufrido aquel insoportable dolor. Abrió el viejo armario, se puso el abrigo de lana marrón, salió a la calle que, a esa hora, ya ardía por calor propio del verano.*

*Como cada mañana, visitó distintos establecimientos de la ciudad: panaderías, ferreterías, droguerías, ultramarinos, casas de comida, cervecerías; distintos establecimientos en los que siempre se topaba con alguien que lo miraba con desprecio. En aquella ocasión caminaba fijándose en los espejos que veía, mas en ninguno de ellos logró ver reflejada su figura. Había desaparecido de todos los reflejos de la ciudad.*

*El reloj del ayuntamiento anunció el medio día. Marcial Eleuterio pasó junto a la ferretería bazar Victoria, establecimiento clásico en la ciudad. Negocio que guardaba el recuerdo de los antiguos hogares, que*

*atraía, movido por la nostalgia, un trasiego de paisanos que miraban embelesados sus atestados escaparates. Su interior era selva de latón, hierro, madera y cerámica; con mostrador interminable de incesante sonido de cajas registradoras.*

*En sus bellísimos escaparates se exponían al público: abrelatas, sacacorchos, picadores de ajo, picadores de huevo, pinchos para brochetas, coladores, pasapurés, embudos, espátulas pasteleras, exprimidores, agujas de mechar carne, moldes para albóndigas, paneras, inyectores de salsa, saleros, salvamanteles, servilleteros, aceiteras, vinagreras, molinillos de pimienta, tarros de barro para aceitunas, ahumadores de latón, braseros, calderos, campanas, candelabros, huevos de zurcir, juegos de rana, lámparas de petróleo, palmatorias, romanas para pesar, artículos para la chimenea, aparatos para hacer churros, cortapastas, cortatrufas, moldes para flan, mangas pasteleras, moldes para repostería, rodillos, rosquilleras, balanzas, botijos, cafeteras, teteras,*

Manuel Bobis Reinoso

*jarras, lecheras, molinillos de café, cajas fuertes, escurreplatos, bandejas, cacerolas, sartenes, cazos, cazuelas, fiambreras, ollas, pucheros, tarteras, morteros de barro, de latón, de madera, de mármol, paelleras, tablas para cortar, afiladores, cuchillos, tijeras, portacuchillos, ralladores, cortadores, peladores, rompemariscos, batidores, espumaderas, cucharas y tenedores de madera, pinzas, prensapatatas, rizadores, vaciadores, onduladores, tapones de corcho, jaulas para grillos, jaulas para pájaros, pelagambas, peonzas...*

*Marcial oyó cómo dos mujeres, una vestida de rojo y otra con una falda estampada, charlando en la puerta de la tienda comentaban:*

*—Se merece todo lo que le pasa, no se puede ser peor persona.*

*—Desde luego es insoportable, nadie quiere estar junto a él, esperemos que el veneno haga pronto su efecto.*

*Marcial se volvió, con voz potente comenzó a insultar a las dos mujeres, quienes, muy enfadadas, se*

*encararon con él. Del interior de la ferretería prorrumpió otra voz que, de manera imperativa, decía:*

*—¡No debes dejar que te insulten, no debes permitir que se pongan en tu contra sin ninguna razón!*

*Enfurecido, intentó agredir a las mujeres. Dos policías municipales que acudieron al oír las voces lo impidieron. Se marchó sin dejar de vociferar, de insultar mientras se encontraba con personas que se tapaban la nariz al cruzarse con él.*

*La mañana del 13 de julio, como cada día, Ofelia; la mujer sin esperanza, la madre de Marcial; preparó el desayuno para su hijo de treinta y dos años. Subió el café mizado con pan al que le había añadido cuatro cucharadas de azúcar a la habitación, donde Marcial se estaba mirando en el espejo. Asentó el café en una pequeña mesa mientras contemplaba la imagen de su hijo reflejada en el espejo. Vio cómo él se sentó a tomar el desayuno y se llevaba a la boca con la cuchara los trozos de pan desplegando muecas de desagrado.*

Manuel Bobis Reinoso

*—¡Está amargo, está amargo, si dices que le pones tanta azúcar y a mí me sabe amargo es porque también le pones veneno!*

*La anciana, callada, resignada, vio también que su hijo abría la ventana y se asomaba. La mujer observó cómo la gente caminaba por la calle sin taparse la nariz. Cuando el pequeño cuco cantó, salió y entró diez veces en su casita de madera de pino policromada; contempló con tristeza cómo su hijo se retorció de dolor. Ofelia lloró, descolgó el reloj, lo guardó en una caja y lo sentenció al olvido en el fondo del trastero.*

*Aunque corría el mes de julio y se sufría una de las peores olas de calor del año, Marcial se puso el abrigo de lana marrón sobre sus casi andrajosas vestimentas y salió a la calle donde buscó en cubos de basura material que le pudiera servir para llevar a cabo su misión. De uno de los cubos, sacó un trozo de espejo en el que se estuvo mirando, comprobando que su imagen continuaba desaparecida.*

*El reloj del ayuntamiento dio doce campanadas. En la puerta de la ferretería bazar Victoria, dos*

*hombres charlaban amigablemente sobre la ola de calor que se sufría en la ciudad. De pronto, muy sorprendidos, vieron cómo Marcial les gritaba y los insultaba sin saber por qué. Asustados y sin pronunciar palabra, intentaron retirarse al interior de la tienda. Marcial se marchó sin dejar de vociferar y de insultar, en su camino se encontraba con personas que al cruzarse con él aligeraban el paso como hormigas locas intentando salir de un laberinto sin salida.*

*A esas alturas del verano, Marcial había recopilado seiscientos veintitrés trozos de papeles manuscritos que salvó de la basura, en los que había encontrado mensajes cifrados destinados a su persona, mensajes que nadie más podría entender, conocer ni interpretar. En todos ellos, Dios le ordenaba que acabara con la vida de su madre. Se le explicaba en los mensajes en clave que ella lo estaba intentando envenenar, que era la culpable de su falta de imagen y de su nauseabundo olor. Pensaba que la anciana se oponía y dificultaba la labor universal que él debía*

Manuel Bobis Reinoso

*realizar. Convenía esperar las instrucciones sobre el momento y la forma en que mataría a su madre.*

*Una noche de otoño, Marcial Eleuterio, además de oír la voz de Dios, pudo verlo por primera vez. Lo percibía como un gran halo con forma de persona. Aquella noche, el hombre sin imagen recibió las órdenes precisas. Apenas durmió, se sentía intranquilo, aunque le daba mil vueltas a su mente en ebullición. Se levantó antes de la hora habitual, no paró de ir de allá para acá en su habitación, tomó el amargo café migado que su madre le subió como cada día, siguió moviéndose nervioso como un animal enjaulado.*

*El sol marcaba el mediodía, de la casa de Ofelia escaparon gritos espeluznantes que helaron el ánimo de los transeúntes, alaridos que oyeron dos policías nacionales que se encontraban cerca. Los agentes pudieron entrar en la casa, la puerta se encontraba abierta. Subieron los escalones de dos en dos, en la habitación encontraron al hijo intentando degollar a su madre con un enorme cuchillo de cocina. Aunque ya*

*presentaba varias heridas, la mujer gritaba y se defendía. Los policías lograron reducir al agresor.*

*La víctima fue ingresada en el Hospital de Traumatología donde los médicos pudieron salvarle la vida. Marcial Eleuterio fue encerrado en la cárcel de Ranilla. Dos meses más tarde ingresó en el Hospital Psiquiátrico de Miraflores, donde su madre no dejó nunca de visitarlo. Gorrión.*



## Capítulo 2

### Pagar por morir

Un año después de su primera reunión en el club Proanamía, Eugenia había perdido treinta kilos. Su mano derecha presentaba callosidades en el dorso a la altura de los nudillos, entre los dedos índice y medio, debidas al roce de la piel de la mano con los dientes que se producía cuando se provocaba el vómito. Había mantenido el secreto, nadie sospechó nada, aunque la vieran tan delgada, solo el médico la descubrió al observar el signo de Russell en dorso de la mano de Eugenia.

En aquellos días, quiso publicar una carta en la revista del club Proanamía. La carta fue rechazada por la presidenta, nunca se publicó. Decía así:

*¿Club Proanamía? Yo lo llamaría mejor club de la muerte. No entiendo que padecer una enfermedad que puede ser mortal como la anorexia o la bulimia, se pueda defender y enseñar. Yo me siento muy bien siendo mía, pero no quiero que nadie más ingrese en este club. No quiero que una persona sana enferme y llore de impotencia como hago yo. Las chicas sanas pueden disfrutar de la vida y salir a comer con amigas sin*

Manuel Bobis Reinoso

*sentirse unos monstruos, tienen relaciones sociales y no se ponen en peligro de morir. No puedo entender que una mujer sana quiera cambiar su amable vida por el abismo que vivo. Yo soy mía, no sé si quiero serlo o no, pero si alguien desea ingresar en este club, yo le diría que no lo hiciera, que no cambiara la felicidad por el infierno, la risa por el llanto y el lamento, la risa por los dolores de estómago y de cabeza que da el tanto vomitar lo que no tenemos fuerza para rechazar. Ana y Mía nos quitan la paz y los deseos de vivir, ¡huye, no entres y sigue siendo feliz!* Eran las siete de la tarde, el cielo llovía abundantemente. Eugenia salió de su casa y se dirigió, bajo el aguacero, a la cervecería La Embrujada.

La cervecería, cafetería y bodega La Monumental era popularmente conocida como la Embrujada debido a la gran variedad de personajes extraños que trabajaron en el establecimiento despachando cerveza, café aromático y denso o alegres vinos de Jerez; y por la variedad y cantidad de sucesos insólitos que los clientes decían haber contemplado en la casa. Muchos de aquellos sucesos acontecidos durante los tres siglos de vida de la fábrica, estaban recogidos en forma de narraciones cortas en azulejos que cubrían casi la totalidad de las paredes. Azulejos que recordaban al camarero que corría iracundo blandiendo un cuchillo detrás de todo aquel cliente que osara criticar la calidad de la cerveza. Al que todos

llamaban Mirazapatos porque en los cuarenta años que trabajó en la cervecería jamás miró a nadie a los ojos. También el Mago, quien siempre vestía con ropajes estrellados y hablaba con metáforas. Al que se enamoraba intensamente de toda mujer que entrara en el establecimiento. Se casó cinco veces porque proponía matrimonio al instante a las hermosas señoritas que se acercaban a degustar una cerveza. Al histriónico, que convertía el más mínimo gesto en un exageradísimo papel teatral. Al que llamaban El Muerto debido a su tristeza y lentitud crónicas, que hacía que los clientes rompieran a llorar sumidos en un inexplicable desconsuelo.

El azulejo más bello de todos contaba la historia de la Eterna, prostituta que se inició en el oficio con tan solo catorce años y murió ejerciendo su profesión cuando cumplió ochenta y siete con sus labios pintados de un carmín intenso y su ojo enfermo tapado por una gasa blanca. El primer día que la Eterna entró en el local era casi una niña, se sentó en un taburete al final del mostrador junto a los urinarios, el mismo lugar que ocupó durante los setenta y tres años en que ejerció la prostitución. Al final de sus días, vivía de la caridad de muchas personas que la conocían y querían, pues solo tenía fuerzas para masturbar en los urinarios a algunos

Manuel Bobis Reinoso

adolescentes que acudían en grupo, a los que solo cobraba unos céntimos. En los últimos años, contaba, sin pudor y sin ocultar nombres, sus innumerables aventuras con ricos y pobres, con hombres y mujeres, con políticos, con religiosos y hasta con algún ministro.

En trescientos años habían roto aguas sentadas en los bancos de madera de la Embrujada treinta y cuatro mujeres, habían nacido seis niños entre sus viejos mostradores, habían sido asesinadas con arma blanca dieciocho personas y habían muerto por causa natural setenta y cuatro. El establecimiento perteneció siempre a la misma familia y se mantuvo en el mismo lugar.

El pueblo le puso el sobrenombre de la Embrujada porque decenas de personas decían haber visto apariciones de fantasmas, aunque a aquello nunca se le dio credibilidad debido a la poca credibilidad de quienes lo referían. También contaban las lenguas que un frío mes de marzo surgieron espontáneamente unas manchas en el muro que daba al exterior, y que esas manchas eran igual a las caras de una mujer y sus tres hijos que murieron de hambre y frío esperando la llegada del borracho cabeza de familia que día tras día se dejaba todo el dinero ganado en cervezas de la embrujada.

Eugenia Luzmila se sentó en una mesa al final del local, pidió un vaso de agua. A esa hora, la cervecería

estaba casi vacía. Un hombre cincuentón; de redonda y calva cabeza, mediana estatura, complexión fuerte y aparatosa cojera; se acercó a la mesa, jarra de litro en mano, y preguntó:

—¿La señora Eugenia?

—Sí, soy yo, ¿es usted el farmacéutico?

—Sí, tomo asiento con su permiso. Me dijo en su carta que quería contratar mis servicios. ¿De qué se trata?

—Me han dicho que usted ayuda a personas a morir sin dolor.

El hombre miró hacia el suelo.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Eso no importa, solo quiero saber si es verdad.

El farmacéutico siguió observando el suelo sin decir nada.

—Estoy dispuesta a pagarle, puedo llegar hasta un millón.

Tras unos minutos de silencio, el hombre contestó:

—¿Dónde y cuándo quiere hacer «el viaje»? Tenga en cuenta que a mí no puede verme nadie.

—Quiero hacer «el viaje», como dice, en mi librería, de noche. Usted entraría por la puerta trasera que da al callejón, no habrá peligro de que alguien lo vea acceder o

Manuel Bobis Reinoso

salir. Quiero que sea dentro de dos días, a las diez. ¿Sabe dónde está mi librería?

—Sí, sé dónde está, estaré allí pasado mañana a las diez menos cuarto.

El hombre se levantó, siguió degustando su cerveza en otra mesa.

A las nueve y treinta de la noche en que creía que iba a morir, Eugenia Luzmila se sentía muy nerviosa, pero feliz. A las nueve cuarenta y cinco miraba constantemente hacia el callejón esperando la llegada del farmacéutico. A las diez salió a la esquina para ver si llegaba. A las once lloraba su estupidez. A la una del día siguiente, volvió deprimida a su casa, perdiéndose entre silenciosas, estrechas y oscuras calles. Su salvador no se presentó.

## *Psicocuento 4*

### *La gigante*

*Que pesara al nacer ocho kilos fue la causa de que su madre, mujer delgada que apenas medía un metro y sesenta de estatura, casi perdiera la vida en el difícilísimo momento de traerla al mundo. Desde el mismo instante en que viera la luz, el crecimiento de Magnolia Emilia, la gigante, fue anormalmente rápido. A los cuatro años medía un metro y cuarenta, a los seis años ya había alcanzado a su agotada madre, un metro ochenta y cinco a los diez, dos metros a los quince y dos cuarenta en la edad adulta. Cuando jugaba en la calle con niñas de su edad, la gente que no la conocía la creía una adulta retrasada.*

*Pronto fue conocida y popular en toda la ciudad, su simpatía era aún mayor que su estatura. Sonreía a todo el mundo, se reía de los comentarios jocosos y malintencionados que los hombres proferían por la calle*

Manuel Bobis Reinoso

*y alumbraba con su alegría y personalidad el lugar en el que se encontrara. A los veinte años, fue contratada por el Gran Teatro de Variedades Plaza para que realizara un número cómico junto a un hombre que solo medía sesenta y cinco centímetros de estatura. Desde ese momento, hombre y mujer mantuvieron una sincera amistad que duró siempre. Paseaban juntos por las calles de la ciudad, tomaban cerveza al aire libre en las muchas cervecerías de los barrios céntricos. Populares y queridos, a los miles de bromas que sufrían respondían con risas y chistes. A la gente le gustaba sentarse junto a ellos, las cervecerías se disputaban su presencia. Cuando entraban en un local, se atestaba de clientes en solo unos minutos.*

*Magnolia pesaba ciento ochenta kilos. Para una representación en el teatro en la que se debía simular que la mujer volaba, hubo que reforzar el techo con varias vigas e instalar una polea del puerto que requería ser tirada por veintidós hombres. En el impresionante momento en el que su humanidad levantó el vuelo, los alientos se paralizaron oyendo*

*crujir el teatro. Durante un vuelo a siete metros de altura, vio al final de las butacas al que sería su futuro marido, un gigante varios centímetros mayor que ella, residente en otra ciudad, que había ido a verla a la capital. Tras un año de noviazgo se casaron, a la boda, que se celebró al aire libre, acudieron miles de personas. El padrino fue su querido y pequeño compañero al que todos llamaban Pulga.*

*El matrimonio tuvo dos hijos, una niña que nació muerta y que pesó ocho kilos, y un niño que pesó al nacer doce y midió setenta y cinco centímetros de largo. El pequeño murió dos horas después de ver la luz víctima de los daños que le produjeron los fórceps que hubieron de utilizar los médicos para extraerlo del seno de su madre. Aquellos mismos médicos no tuvieron pudor en airear de manera burlona que aquel niño era el recién nacido más grande que había conocido la ciencia en todo el mundo y que la vagina de Magnolia también podía ser la mayor conocida, pues estimaban que podía medir ochenta centímetros.*

Manuel Bobis Reinoso

*A los cuarenta y cinco años, a Magnolia le costaba cada vez más subir escaleras porque se asfixiaba. Padecía una insuficiencia cardíaca que acabó con su vida un caluroso verano. En los días posteriores a su muerte, fueron tantas las personas que llevaron ramos de flores a la puerta del Gran Teatro de Variedades Plaza que sumergieron el edificio bajo una montaña de pétalos, tallos y hojas.*

*Hubo que esperar dos días para enterrarla porque los trabajadores de la funeraria, al recibir el encargo del ataúd, creyeron que las dimensiones que se especificaban en el pedido debían estar equivocadas y enviaron uno con medidas normales. Tras aguantar el enfado del marido de Magnolia, los operarios compusieron el ataúd con las medidas correctas en una noche.*

*El día que se inauguró el monumento a Magnolia Emilia, niños y jóvenes que acudieron al evento llevaban zancos para intentar imitar a los gigantes. Los vestidos lucían flores cosidas a las telas. Fue la fiesta en la que más se divirtieron los muchachos y*

*muchachas comprobando cómo continuamente caían al suelo por no mantener el equilibrio. Reían sin parar al chocarse, caer y volverse a levantar. Una inauguración inolvidable, legado de la siempre simpática, incluso después de morir, Magnolia Herminia, la gigante.*

*Gorrión.*



## *Psicocuento 5*

### *La dulce ceguera*

*El mercado latía como corazón del barrio, edificio singular y bello, vibraba con la algarabía de los puestos, de los vendedores, de los compradores.*

*Noemí Cecilia, la mujer de la dulce ceguera, trabajaba en la mejor pescadería del mercado. Siempre tenía clientes; el trabajo era casi agotador porque el dueño no estimaba contratar a más dependientas. Las dos empleadas no daban abasto para atender a la clientela, que a menudo protestaba por la tardanza en ser atendida y la tomaban con las empleadas en vez de con el dueño, quien casi nunca estaba presente. Los días se hacían interminables preparando el pescado con rapidez, cobrando y aguantando el mal humor de quien esperaba a ser atendido.*

*Cada madrugada, Noemí se sentaba en la cama sin poder levantarse para ir al trabajo debido al*

Manuel Bobis Reinoso

*cansancio acumulado en los días anteriores. En ese momento, se sentía desdichada y veía lejanísima la hora de la vuelta a casa.*

*La noche del domingo, mientras cenaba con su madre, la joven pescadera vertió, sin quererlo, una copa de vino sobre el mantel.*

*—¡Oh! No te preocupes hija ya lo limpio yo.*

*La señora se levantó, limpió el vino derramado y volvió a servir en la copa sin percatarse de que su hija mantenía la mirada fija en algún punto. Noemí, al querer asir la copa, la volvió a derramar.*

*—¡Pero hija! ¿Qué te pasa?*

*—No veo.*

*—¿No ves bien, ves borroso?*

*—No madre, no veo absolutamente nada.*

*La madre, aterrorizada, preguntó:*

*—¿Cómo?, ¿cómo que no ves nada?*

*—Tranquilízate, madre, no es nada importante.*

*—¿Qué no es nada importante?! ¿Desde cuándo no ves?*

*—Hará una media hora.*

—¿Y hasta ahora no me lo dices?

—No creo que sea nada extraño ni importante.

—¿Pero tú estás loca?!

La muchacha fue acompañada hasta la cama. Al día siguiente, ingresó en el Hospital General para ser estudiada y tratada. Distintos médicos de varias especialidades coincidieron en que Noemí no presentaba ningún daño orgánico. No comprendían la posible causa de la ceguera ni la absoluta tranquilidad que presentaba la chica.

El sábado a mediodía la visión volvió, recuperándose también la alegría de los familiares y amigos que tanto querían a la pescadera, pero el domingo por la noche, la ceguera retornó. En la siguiente semana, volvió la luz el sábado a mediodía, restableciéndose la sombra el domingo por la noche.

El dueño de la pescadería se vio obligado a suplir a Noemí. Pudo comprobar el continuo estrés que soportaban las empleadas, él tampoco daba abasto para despachar a tantas personas que se agolpaban

Manuel Bobis Reinoso

*impacientes delante del puesto. Escuchó continuas quejas de los clientes, tuvo que soportar indisimuladas malas caras.*

*La compañera de Noemí sabía que nunca iba a convencer al dueño de que debía contratar a otra dependienta haciéndole ver solo lo duro que resultaba aquel trabajo. Pensó que lo que haría cambiar de parecer a aquel hombre sería el dinero. Le hizo ver cómo un buen número de personas que se acercaban al puesto y veían que tenían por delante hasta quince personas, no dudaban en comprar en otra pescadería. El dueño comprendió que el atender a un número mayor de clientes al día aumentaría considerablemente sus ingresos, no solo directamente, pues las personas bien atendidas hablarían con otros ciudadanos del buen trato recibido. Comprendió que a la gran calidad que siempre ofreció su pescadería debía unirle un excelente servicio.*

*Tres semanas después de que Noemí dejara de asistir al trabajo, el dueño de la pescadería contrató a dos dependientas. Amable, visitó a la enferma para*

*comunicarle que su puesto de trabajo estaría esperándola en caso de que se repusiera, que desde aquel momento serían cuatro las empleadas, que el trabajo sería mucho más llevadero. Tres días después, la tranquila paciente recobró definitivamente la visión.*

*Antes, el neurólogo que atendió a Noemí escribió en su cuaderno adorable de casos extraños:*

*«Hace dos meses se me remitió desde el servicio de oftalmología del Hospital General la paciente Noemí Cecilia, de profesión pescadera. Tras habersele realizado todo tipo de pruebas, no presentaba ninguna anomalía ni lesión física que explicara su ceguera. Sufría una pérdida total de la visión que se mantenía desde el domingo por la noche hasta el sábado por la tarde, que volvía a recobrarla. La paciente no mostraba ni sorpresa ni preocupación, aunque se notaba perfectamente que no fingía. Después de la entrevista y la evaluación pertinente, teniendo en cuenta la existencia de un evento fuertemente estresante que pudo precipitar el comienzo, que había una clara*

Manuel Bobis Reinoso

*relación entre el evento y la patología, ya que terminaba tras el periodo estresante y que no se encontraba horrorizada, sino indiferente y despreocupada, diagnosticué una ceguera de conversión. Anteriormente, ya había tratado otros trastornos de conversión como sorderas, parálisis, afonías o pérdidas de sensibilidad. Se trata de una necesidad de evitar una actividad que es nociva y un medio de conseguir un apoyo que de otra manera no se conseguiría, aunque ello se hace inconscientemente. Derivé inmediatamente para tratamiento de control del estrés a psicología».*

*Gorrión.*

## *Psicocuento 6*

### *Un extraño viaje*

*La luz del día iluminaba la habitación doscientos trece de la clínica. Antonio Elías, cartero de profesión, se estaba vistiendo porque aquella mañana recibiría el alta médica. Mientras se calzaba los zapatos, miraba hacia la puerta con la esperanza de que su mujer apareciese en cualquier momento. Su mujer no había ido a verlo en los quince días que había estado ingresado en el hospital. Después de desayunar, estuvo mirando por la ventana con la mirada instalada en el camino por donde debería llegar su esposa. Estuvo así dos horas, hasta que se le entregó el alta y la factura por los servicios hospitalarios. Su seguro médico se negaba a pagar los cuidados recibidos tras un intento de suicidio.*

*Salió solo del hospital, se dirigió a su casa. Cuando entró, su mujer ni siquiera lo miró. Durante la semana que estuvo descansando en casa, pasó más*

Manuel Bobis Reinoso

*tiempo en la cervecería que en su hogar. Llegaba a casa todas las noches borracho.*

*Al incorporarse al trabajo, recibió numerosos saludos y abrazos de sus compañeros y compañeras, que lo recibieron con alegría, pero la indiferencia que su esposa le mostraba más la enorme deuda que había contraído con la clínica lo sumían en una dolorosa ansiedad. No veía salida alguna a su situación. «¡Cuánto daría porque mi esposa me volviera a querer!». Le había mentado tantas veces y había llegado a casa borracho tantas noches que creía que aquel deseo no se convertiría nunca en realidad.*

*Pensó que el dinero sería el remedio de sus males, robó dinero del fondo postal para pagar la factura hospitalaria y comprar el amor de la mujer con quien aún convivía.*

*Dos días más tarde, las campanitas del establecimiento del usurero sonaron al abrir la puerta Antonio Elías. Estuvo mirando vitrinas atestadas de joyas, vio un broche hecho de oro y lapislázuli. Preguntó por el precio, le pareció excesivamente caro,*

*pero era bellissimo. Sería una prueba de amor, de su intención de cambio. Hablaría con ella, esa noche volvería a ser feliz.*

*Durante la cena, declaró a su mujer que la quería, que cambiaría, que no volvería a mentirle, que dejaría de beber. Cuando le entregó el regalo, la esposa no abrió la caja, alargó el brazo, la devolvió. Dijo:*

*—Voy a separarme de ti.*

*Antonio Elías, tras una larga noche de lloros, discusiones y preguntas no contestadas por su esposa, salió de mañana a la calle y se dirigió al establecimiento del usurero. Volvió a oír el desagradable tintineo de las campanitas.*

*—Buenos días, quería volver a empeñar el broche que le compré.*

*—¿No le ha gustado a su señora?*

*—¡Sí, sí, pero es que necesito el dinero!*

*—Le puedo ofrecer mil pesetas.*

*—¿Cómo? ¡Pero si le he pagado por él cinco veces más!*

Manuel Bobis Reinoso

*—Ese es mi negocio, si no le interesa no lo empeñe.*

*El cartero se enfadó, vociferó. Cuando el usurero tomó el teléfono para llamar a la Guardia Civil, aceptó la oferta, tomó el dinero con gesto muy contrariado y salió del local dando un portazo que hizo temblar a las campanitas.*

*Veinte días después de que su esposa le comunicara su intención de separarse, a las seis de la tarde, sentado en un banco, Antonio Elías cayó en la cuenta de que no sabía dónde estaba, ni en qué día vivía, ni qué hora marcaban los relojes. Aturdido, se acercó a una señora con túnica larga y pañuelo en la cabeza. Le preguntó:*

*—¡Por favor señora! ¿Tiene usted hora?*

*La mujer, hablando en un idioma extraño, le comunicó por gestos que no entendía lo que decía y siguió su camino.*

*—¡Vaya, le he preguntado a una extranjera!*

*Se acercó a un hombre vestido con traje, le volvió a preguntar. El señor también habló en la misma*

*lengua desconocida que a él le parecía árabe, aunque entendió, gracias a los gestos, que se le preguntaba por la hora. Sacó su reloj de bolsillo pendiente de una cadena plateada, se lo enseñó a Antonio Elías. Después de dar las gracias con una sonrisa, la sonrisa se le heló cuando comprobó que todos los transeúntes hablaban en aquel idioma y vestían de la manera que él llamaba moruna.*

*Se sintió muy atemorizado, perdido; no tenía idea de dónde se encontraba ni cómo había llegado allí. Lo último que recordaba era un sendero entre casas de dos plantas y una cartera llena de sobres. Aterrorizado, corrió hacia una persona vestida con un uniforme extraño que parecía ser de policía, le quiso explicar, muy alterado, lo que le ocurría. El policía, al no entender nada, le hizo señas para que lo acompañara. Entraron en un palacete que tenía en su fachada un magnífico escudo y unas palabras en árabe y francés hechas en piedra. Al entrar, el policía le indicó con gestos que se sentara en un sillón y*

Manuel Bobis Reinoso

*esperara. A los diez minutos, apareció una joven de cabello oscuro que le habló en castellano.*

*—¡Buenas tardes, señor! El policía que le ha atendido no conoce su idioma. ¿Me quiere comentar, por favor, qué es lo que le ocurre?*

*—No sé dónde estoy, no sé cómo he llegado aquí.*

*La intérprete quedó desconcertada un instante.*

*Reaccionó y preguntó:*

*—¿Cómo se llama usted?*

*—¿Cómo me llamo?*

*Un sudor frío le recorrió el cuerpo. Sus ojos expresaban el terror que sentía.*

*—No lo sé, no sé cómo me llamo, no sé quién soy.*

*—Pero usted debe tener unos documentos identificativos, de lo contrario no hubiera podido entrar en Marruecos.*

*Antonio Elías se tocó el pecho con ambas manos, extrajo una cartera de un bolsillo y, a continuación, un documento en el que aparecía su nombre, dirección*

*y nacionalidad. Asimismo, comprobó que en la cartera guardaba algunos billetes del país en el que se encontraba y un sobrecito que contenía una rosa del desierto.*

*A pesar de leer su nombre, seguía sin saber quién era ni cómo había llegado allí. Le pidió ayuda a la traductora. Dos días más tarde, se encontraba asomado a la barandilla de un barco que partía del puerto de Tánger y lo llevaba de vuelta a casa.*

*El barco atracó en el puerto de Tarifa. Cuando Antonio Elías puso pie en tierra, se dirigió al primer Guardia civil que se encontró:*

*—Señor buenos días, sé que le resultará extraño lo que le voy a comentar. —Sacó la documentación de un bolsillo.*

*—Mire, esta es mi documentación, pero yo no sé quién soy ni dónde vivo. ¿Podría ayudarme? ¡Por favor!*

*El agente, aunque sorprendido por lo que le contaba, ayudó a Antonio a sacar billete de autobús*

Manuel Bobis Reinoso

*que lo llevara de vuelta a Sevilla. Fue al ver a su esposa y a su casa cuando comenzó a recordar.*

*Tras varias entrevistas con distintos médicos psiquiatras, se le explicó al cartero que había sufrido una fuga disociativa.*

*—¿Una fuga qué?*

*—Una fuga disociativa. A veces algunas personas viajan lejos de su hogar sin tener conciencia de ello.*

*—Pero yo no recuerdo haber hecho el viaje, ni haber comprado el pasaje, ni haber programado huida alguna.*

*—Sí, le suele ocurrir a la persona que la sufre que experimente amnesia posterior, pero, aunque no lo recuerde, el viaje lo hizo. Los agujeros negros no existen, aunque así lo afirmen las asustaviejas profesionales.*

*—¿A qué cree usted que se ha podido deber?*

*—La fuga disociativa está relacionada con estresores importantes. Por lo que me ha contado, ha estado usted últimamente presionado por sus relaciones matrimoniales y sus problemas económicos.*

*También influyen el estado de ánimo deprimido y los intentos de suicidio. Usted lo intentó recientemente.*

*Antonio Elías bajó la mirada. El psiquiatra prosiguió:*

*—También el consumo excesivo de alcohol, la epilepsia, aunque esto no es aplicable a usted, la propensión a mentir y algunos factores orgánicos. Nunca ha habido un suicidio durante la fuga, pero sí una vez que los sujetos vuelven en sí. Algunos investigadores piensan que la fuga disociativa es un sustituto del suicidio en algunos casos depresivos. Eso es lo que más me preocupa en estos momentos, por lo que el tratamiento de su depresión debe comenzar inmediatamente.*

*Antonio Elías no fue despedido del Servicio Postal, que retiró la denuncia que había interpuesto contra él. Se le fue detrayendo el dinero robado del sueldo mes tras mes hasta que consiguió pagar su deuda.*

Manuel Bobis Reinoso  
*Gorrión*

## Capítulo 3

### Una visita a Ventura Zabulón

El psicólogo Ventura Zabulón, escritor de psicocuentos e inventor de juegos, a quien todos conocían como Gorrión, trataba en terapia a Eugenia Luzmila. Conocía el vacío y la tristeza que emplomaban la vida de burguesa de Eugenia, casada con un hombre a quien no amaba. La había tratado de su bulimia, también conocía las ideas de suicidio que surgían constantes, obsesivas, en la intención de su paciente, pero nunca había oído el expreso deseo de quitarse la vida, tal como ella le estaba refiriendo una fría tarde de diciembre.

—He llegado a intentar pagar por ello —confesó Eugenia.

—¿Cómo?

—Sí, Gorrión, pagué dinero a un hombre para que me matara porque yo no tengo valor de hacerlo. El cobarde no se presentó el día que habíamos acordado. Mi marido sabe de mis intenciones, se pone como loco cada vez que le hablo de mis deseos.

—¿Crees que volverás a intentarlo?

Manuel Bobis Reinoso

—Sí, pero necesito que me ayude alguien, yo sola no soy capaz, supongo que nadie se va a prestar a ello, ni siquiera por dinero.

—Quiero contarte algo. Una tarde sonó la aldaba de mi puerta, un funcionario de correos me traía un paquete que me enviaba un buen amigo. Firmé el libro de recogida, despedí al funcionario, después fui a la cocina, donde abrí el paquete. Allí estaba el polvo de la muerte, en mis manos, encarcelado en un frasco de cristal. Mi querido amigo se había negado en reiteradas ocasiones a enviármelo, pero, con engaños, pude, por fin, convencerlo mintiéndole sobre el fin que iba a destinar a tan preciado regalo.

»Me asaltó una terrible duda: ¿me habría engañado, me habría enviado una sustancia inocua, harto de mi insistencia? Piqué un cuarto de kilo de carne magra, lo puse en el plato de comida de mi perro, lo rocié con una cucharada del cianuro potásico que había recibido y llamé al animal, que acudió contento y babeante ante el festín que iba a degustar. El perro engulló, con intenso placer, la carne picada. Murió poco después retorciéndose de dolor en el suelo.

»Aquella misma tarde, transporté el cuerpo sin vida de la perrita a la incineradora de animales. Al volver, me tomé una jarra de litro de cerveza en el bar Muralla.

Apoyado en su interminable mostrador sembrado de tiradores, me sentía contento porque había conseguido lo que anhelaba. Mi amigo no me había engañado, yo a él sí. Yo puedo ayudarte si tú me ayudas a mí. También quiero morir, podríamos hacerlo juntos.

Eugenia miró a Gorrión con una expresión de asombro que casi lo asustó.

—¡Vamos, dime! ¿Por qué quieres tú morir también?

El hombre le contó lo ocurrido con una amiga de la infancia de Eugenia, desaparecida veinte años atrás. Aquel suceso marcó la juventud de Eugenia impregnándolo de dolor. Nunca la dio por muerta, seguía esperando que un día apareciera para abrazarse con ella. En ese momento, toda esperanza se desvaneció.

Eugenia estuvo casi dos horas llorando sin parar, sin mirar a Gorrión ni decir palabra. Él esperaba que de un momento a otro saliera corriendo de la casa, pero no lo hizo. Una vez que la mujer se tranquilizó, pudo hablar, intentaba comprender aquella cobardía de Gorrión solo comparable a la suya. Preguntó:

—¿Tú me ayudarías?

Manuel Bobis Reinoso

—Claro que sí, nos animaríamos mutuamente a alcanzar la valentía que no hemos tenido hasta ahora. Conservo el cianuro potásico.

Acordaron el lugar, la fecha y el modo en el que morirían, se despidieron con un fuerte abrazo. Eugenia no le hizo el más mínimo reproche, su autoestima se arrastraba tan baja que no se sentía capaz de juzgar a nadie.

## *Psicocuento 7*

### *Amante de la historia*

*El profesor de matemáticas entró en la clase, depositó su libro sobre la mesa, tomó una tiza y comenzó a escribir sobre la pizarra, con gran celeridad, una serie de números y signos mientras explicaba la lección. Antes de que transcurrieran dos minutos, un estudiante le preguntó:*

*—¡Don Narciso! ¿Es cierto que en la Guerra Civil hubo un millón de muertos?*

*Al profesor se le iluminó la cara, su padre había sido soldado en aquella guerra cincuenta años antes. Gran apasionado y amante de la historia, comenzó a relatar cómo la guerra enfrentó incluso a hermanos de la misma familia. Narró distintas batallas en las que su padre participó. Los alumnos escuchaban absortos,*

Manuel Bobis Reinoso

*porque Narciso Helenio, el hombre que se reinventó, poseía una capacidad innata para contar historias.*

*Hombre razonable, siempre trataba de dar una enseñanza:*

*—Espero que los españoles hayamos aprendido la lección y no vuelva a ocurrir nunca, nunca, nunca más, pues ambos bandos tuvieron que enterrar y llorar a muchísimos muertos.*

*—¿Piensa usted que podríamos llegar a entrar de nuevo en guerra alguna vez?*

*—No creo, el error fue tan grande que sería una locura, aunque ya sabéis que el hombre tropieza mil veces en la misma piedra y que la historia se repite, una y otra vez, sin que el ser humano aprenda de la memoria.*

*Sonó la campana. Los alumnos habían conseguido cambiar las soporíferas clases de matemáticas, para las que su profesor no gozaba de ningún don, por aquellas maravillosas historias tan apasionadamente narradas que hacían que la hora que duraba la clase pasara casi sin que ellos se dieran cuenta.*

*En otras ocasiones, los alumnos preguntaban por el significado de sus nombres y la procedencia de los apellidos, pues el profesor sabía el significado de todos los nombres y de dónde provenían los apellidos. Había días en que, por mucho que preguntaran los alumnos, el profesor comentaba:*

*—¡Hoy no, hoy no me pilláis, hoy damos la clase de matemáticas entera! ¡Vamos muy retrasados!*

*El padre de Narciso Helenio fue matemático. Él aconsejó a su hijo que estudiara matemáticas en la universidad. ¡Cuántas veces lamentó Narciso no haber estudiado historia!, su gran pasión. En las largas tardes de los sábados y domingos, don Narciso, sentado junto al fuego en la biblioteca de su casa, devoró entusiasmado los libros de historia que cayeron en sus manos uno tras otro. Durante veinte años leyó y leyó, contó y contó con la fuerza que solo ponen los apasionados.*

*Unos días les hablaba a los alumnos sobre los escudos familiares y sobre heráldica, otros días narraba*

Manuel Bobis Reinoso

*curiosidades sobre la ciudad de Sevilla. Historias sobre las torres de la muralla y sus puertas, cigüeñas, el río y sus puentes, el puerto, el parque, los palacios de piedra, las huertas de extramuros, los marineros de Triana y el hospital de las Cinco Llagas. Leyendas que cautivaron a los estudiantes, testimonios que estuvieron a punto de costarle el puesto de trabajo en numerosas ocasiones. Año tras año, de un total de quince lecciones de matemáticas, las que formaban el temario del curso, apenas lograba explicar cuatro de ellas.*

*Narciso Helenio, el amante de la historia, no podía más. No podía continuar engañándose a sí mismo, ni a los alumnos, ni a los padres de estos, ni al instituto. No servía para dar clases de matemáticas, no le gustaban en absoluto. A la edad de cuarenta y cinco años, decidió dar un giro a su vida y cargarse de valentía para dedicarse a su pasión. Comenzó a estudiar la carrera de historia en horario de tarde y noche. Soportaba las burlas de los universitarios, jóvenes todos, así como la incomprensión de amigos y*

familiares que no entendían cómo a su edad podía hacer el enorme esfuerzo de trabajar y estudiar a la vez.

Narciso Helenio, el hombre que se reinventó a sí mismo, se licenció en la carrera de historia tras un largo camino que lo consumió físicamente. Fue capaz de lograrlo gracias a la tenacidad que dan los años y a la gran ilusión que sentía por ser profesor de historia. Siete años de un gran esfuerzo le costaron, lloró de alegría el día en que se licenció.

Siete años en los que apenas vio a su hijo más que en fin de semana. Por la mañana salía de casa antes de que el pequeño se despertara. Al volver de la universidad por la noche, el chico ya estaba dormido. No le importaba tanto no verlo, su gran inquietud era que el niño se sintiera abandonado por su padre, por la persona que más lo quería en el mundo.

—¿Tú sabes que yo, cada noche, cuando vuelvo a casa, lo primero que hago es ir a tu habitación a darte un beso?

Manuel Bobis Reinoso

—No.

—No te das cuenta porque estás dormido, y yo lo hago con todo el cuidado para que no te despiertes. Desde ahora, todas las noches, cuando te dé un beso, haré un nudo en la colcha de tu cama y así, cuando te levantes, podrás comprobar que he estado aquí.

Cada mañana, el pequeño verificaba que el nudo se encontraba en su lugar, sonreía y se sentía querido. Siete años después; aunque ya era un chico de doce años y veía a su padre todos los días, incluso en clase; seguía encontrando el nudo cada mañana.

El instituto San Isidoro tenía reservada una plaza de profesor de historia para don Narciso. Dejó de ser una persona alienada para conseguir, por fin, autorrealizarse. Los estudiantes ya no necesitarían urdir estratagemas para no dar la clase de matemáticas y escuchar sus cautivadoras narraciones, sino que podrían oírlas en agradables clases de historia. Dejaría de ser el profesor mal considerado por sus colegas y por los padres de sus alumnos, diría adiós al estar a punto de ser despedido de su puesto de

*trabajo, sería, sin duda, el profesor más admirado por los estudiantes, su puesto de trabajo no correría peligro. Después de muchos años, se sentía feliz.*

*Gorrión.*



## *Psicocuento 8*

### *La fábrica de cerámica*

*Cumplió su cuarto año trabajando en la fábrica de cerámica como psicólogo de empresa. Lo contrataron, cuando finalizó sus estudios universitarios para mejorar las condiciones laborales de los empleados, mejorar su actitud, su identificación con la empresa y su formación. En definitiva, conseguir que los trabajadores fueran más felices y más eficaces.*

*Javier Eduardo comenzó a trabajar con muchísima ilusión. ¡Poner en práctica todo lo aprendido! Comprobó que hasta ese momento los instrumentos más utilizados en selección de personal eran test de inteligencia, que la edad máxima para incorporarse a la empresa era treinta años, que no se respetaba la edad ni la veteranía, que no existía ningún interés por aumentar la satisfacción de los trabajadores. Lo único relevante era el beneficio de la*

Manuel Bobis Reinoso

*empresa, que empleaba los medios más directos para alcanzarlo, sin importar el bienestar de los trabajadores.*

*Inmediatamente, se percató de que lo primero que debía hacer era bajar el elevado nivel de ruido, un ruido desagradable, impredecible, no rítmico, que producía un gran malestar general y que impedía la atención, la concentración y la comunicación.*

*Mediante entrevistas con los empleados, descubrió que muchos de ellos no descansaban ni dormían bien, padecían estrés crónico e infecciones, y que algunos presentaban problemas para relacionarse con otras personas. También percibió un ambiente hostil y agresivo, en el que no existía ningún tipo de ayuda ni compañerismo. Todo lo achacaba al ruido.*

*Puso remedio: se rebajaron considerablemente los niveles de ruido, con ello disminuyó el malestar físico y se aumentó el descanso y el sueño de los trabajadores, decrecieron los comportamientos agresivos y mejoró el compañerismo.*

*La segunda medida fue optimizar el entorno de trabajo, reducir el calor, que provocaba tanta agresividad y eliminar las salas sombrías. Él era plenamente consciente de que en los días agradables aumentaba la conducta de ayuda entre las personas y, por ello, transformó la factoría en un entorno positivo y bello, ya que conocía el papel estimulante y revitalizador de aquellos ambientes. Logró un entorno alegre, inspirado en hermosos paisajes naturales, para aumentar la creatividad, la capacidad de resolver problemas, la amabilidad y, en un futuro, la longevidad. Transformó la factoría en un entorno creativo, restaurador, novedoso, complejo, hermoso; concebido para renovar las capacidades disminuidas, potenciar estrategias de afrontamiento y aumentar los recursos para controlar el estrés. La remodelación costó una gran suma de dinero a la empresa, una suma que gastó con gusto y que consideró como una inversión más, ¡invertir en sus trabajadores!*

*Una vez que el entorno cambió, entre alegres y coloridas vidrieras, se reunió con la dirección para discutir el nivel de exigencia a que eran sometidos los empleados. Les estuvo hablando de la ley de Yerkes-Dobson, que trata sobre la relación entre activación y rendimiento. Se demostraba con ella que, a partir de un alto nivel de exigencia y activación del individuo, el rendimiento no solo no aumentaba, sino que disminuía y que era preciso ajustar el nivel a su punto óptimo para alcanzar el máximo rendimiento.*

*Estudió la personalidad de cada uno de los trabajadores para obtener un mejor ajuste entre el individuo y el puesto de trabajo a desempeñar. Mejoró el bienestar psíquico y psicológico, enriqueció cada una de las labores a realizar y estudió la ergonomía de cada puesto para prevenir daños físicos.*

*El sistema de promoción no era el adecuado: algunos empleados escalaban rápidamente hasta descubrir pronto su nivel de incompetencia, mientras que otros, debido a la escasa promoción, sufrían frustración, alteraciones emocionales, estrés y*

*sentimientos de impotencia y baja autoestima. Cambió el sistema de promoción por otro más justo y objetivo en el que los empleados sabían perfectamente qué tenían que hacer para promocionar, que respetaba la experiencia y la veteranía en cada puesto. Impartió cursos de aprendizaje y perfeccionamiento, colocó a los trabajadores que estaban más cercanos a la jubilación en puestos acordes con sus condiciones físicas. Anuló la norma de los treinta años como edad máxima de incorporación a la empresa por considerarla discriminatoria por razón de edad.*

*Tras aquellos cuatro años de ilusionada labor, los trabajadores estaban encantados con Javier, sabían que estaba allí para ayudarles y hacerles la vida más feliz. Los ejecutivos también se mostraban satisfechos con su labor.*

*En enero, después de la jubilación del director general de la factoría de cerámicas, un joven desconocido de treinta y dos años llamado Arnulfo Catón fue contratado para suplirlo. Estaba dispuesto*

Manuel Bobis Reinoso

*a aplicar nuevas, frescas e innovadoras ideas sobre el funcionamiento de empresas, la competitividad y la rentabilidad. Decían que era muy responsable, inteligente, respetuoso, religioso y tenaz. Sus nuevas ideas sugerían que el trabajador debía mantenerse en tensión para producir más; ideas sobre el máximo beneficio al menor coste, ideas que pronto comenzaron a chocar de forma directa con las de Javier. Lo que él hacía, Arnulfo lo deshacía. En realidad, esas nuevas y frescas ideas eran aquellas rancias contra las que tanto luchó Javier. Pronto comenzaron los roces.*

*Definitivamente, sus conceptos y los de Arnulfo Catón, el joven ejecutivo, chocaban. Un día descubrió que se estaban instalando generadores de iones negativos para tratar, de forma indirecta, de incrementar la producción de los empleados. Él sabía que los iones negativos aumentaban el nivel general de activación y hacían más intensas las respuestas dominantes de las personas. Además, conocía que la activación incrementaba la agresividad de los individuos de personalidad hiperactiva e impaciente, aumentaba*

*el atractivo de aquellos que tienen actitudes semejantes y despertaba mayor rechazo de quien se percibe como diferente.*

*Protestó e intentó que se pararan las instalaciones de aquellos aparatos inhumanos, expuso claramente el porqué, ignorando que ese porqué era lo que estaba buscando el dueño de la fábrica de cerámicas, influenciado cada vez más por las ideas de Arnulfo Catón. Se hizo más evidente que el dueño no era un empresario, sino un simple ganador de dinero.*

*Los niveles generales de activación se intensificaron en verano, además de los estados de ánimo negativos y, sobre todo, los de carácter agresivo. Aunque los empleados no lo percibían directamente, comenzaban a sentirse menos felices. Javier se encontraba cada vez más desubicado.*

*En octubre ya no era él mismo, había perdido la alegría, estaba siempre cabizbajo y pensativo; parecía haber perdido la ilusión por su trabajo.*

Manuel Bobis Reinoso

*Además, había que añadir el enfrentamiento con Arnulfo Catón, que en aquel momento era muy duro.*

*En noviembre, la dirección de la factoría decidió despedir a Javier. Fue un golpe muy duro para él, se sentía abrumado, había trabajado sobremanera para mejorar las condiciones de los trabajadores y su formación. Se refugió en su casa y en su pequeño mundo.*

*Arnulfo Catón estaba cada vez mejor considerado por el dueño de la fábrica de cerámica. En diciembre, pensando en las próximas fiestas de Navidad y fin de año, había ideado una promoción de artículos que le permitiría a la empresa ganar bastante dinero en tan solo cinco días. Puso un anuncio en ABC:*

*«Fábrica de cerámicas La Malvasía, del veinte al veinticinco de diciembre, vajillas completas para doce personas por solo mil pesetas. ¡Nos hemos vuelto Locos!».*

*En realidad, no era tal la locura. Las vajillas que habían puesto a la venta por aquel precio casi irrisorio eran solamente diez. Arnulfo Catón sabía que acudirían*

*muchas familias ilusionadas con poder estrenar un bonito juego en Navidad, que una vez que estuvieran allí y comprobaran que ya no quedaban juegos a ese precio, antes de irse de vacío, mirarían otras vajillas a un precio superior y que muy posiblemente comprarían alguna.*

*En la mañana del 20 de diciembre, antes de que se abrieran las puertas de la fábrica, miles de personas se agolpaban en las inmediaciones, pugnando por colocarse más cerca de la entrada. Cuando se abrieron las puertas, los impacientes compradores subieron a la planta superior donde se encontraba la exposición. Subían tantas personas que no cabía ni un solo cuerpo más. Una hora después, el antiguo suelo de madera de la exposición cedió, la multitud se precipitó al vacío. Doce personas perdieron la vida, tres de ellas trabajadoras de la fábrica de cerámicas. En el hospital de Traumatología ingresaron esa mañana ciento veintitrés heridos.*

Manuel Bobis Reinoso

*La brillantísima idea; la que quiso jugar con la ilusión de los más humildes con mentiras y sin consideración alguna hacia el ser humano, la que, una vez más, anteponía el dinero a la verdad, al servicio y a las personas, había resultado, tal como expresaba el anuncio, de locos.*

*Cuando Javier leyó en los periódicos la noticia, irritado, impotente y triste, maldijo a Arnulfo Catón. En aquel instante, decidió no continuar buscando trabajo en la empresa privada. Se sintió profundamente decepcionado de aquellas ideas que puso en práctica en aquellos años en la factoría. Pensó que los ganadores de dinero no eran más que eso, simples ganadores de dinero, que jamás cambiarían. Ese día, decidió abrir su propia consulta y dedicarse a ayudar a los demás.*

*El dueño de la fábrica fue condenado a quince años de prisión. Dieciocho meses después de ingresar en el penal, fue indultado por el Gobierno.*

*Gorrión.*

## *Psicocuento 9*

### *Las otras yo*

*La paciente Miranda Dina, de treinta y cinco años, fue derivada al doctor González Grau tras la sospecha de algún tipo de episodio dissociativo. Miranda le comentó al doctor Grau un extraño suceso ocurrido en casa de su novio. Al volver la pareja a la casa después de cenar en una cervecería cercana, encontraron rotos y tirados por el suelo cinco jarrones muy valiosos que el dueño de la casa coleccionaba. Solo estaban rotos los jarrones, no había habido robo alguno y la puerta se encontraba cerrada con llave. Antes, ella se había ausentado de la cena durante quince minutos con la excusa de ir al baño. Aquel incidente le era familiar, pues hacía años había ocurrido algo parecido en casa de un amigo también después de que ella desapareciera durante un tiempo.*

Manuel Bobis Reinoso

*Miranda se había divorciado dos veces. Comentó que vivía sus relaciones de manera muy intensa, la que mantenía con su novio era muy satisfactoria. Comentó también que tenía lagunas de memoria sobre algunos periodos de su vida, sobre todo de la infancia. Fue citada para sesión de hipnosis.*

*Primera sesión de hipnosis: tras la inducción hipnótica, la paciente se agitó muy violentamente y comenzó a hablar con una voz distinta, gritando y amenazando a quien la tocara. Aquella nueva voz se hizo con el control de la situación, era una personalidad distinta que decía llamarse Astrid Wanda, que insultaba a los hombres continuamente con odio intenso. Al final de la sesión, el doctor logró que Astrid confesara que fue ella quien rompió los jarrones, además decía detestar a Miranda.*

*Tras la sesión, una vez fuera del trance hipnótico, el doctor Grau preguntó a Miranda si conocía a una tal Astrid Wanda y contestó que no.*

*Segunda sesión de hipnosis. Apareció una nueva personalidad, Catalina Paula, una niña de seis años que*

*decía haber sufrido abusos sexuales por parte de su padre. Cuando el doctor le preguntó si su madre conocía esos abusos, ella contestó que sí.*

*En posteriores sesiones de hipnosis, volvió a aparecer Astrid Wanda. Al ser preguntada si tenía conciencia de los abusos sexuales que Catalina Paula refería, contestó que sí y que esa era la causa de su intenso odio por los hombres.*

*El doctor llegó a la conclusión de que la disociación se había producido como reacción a posibles abusos sexuales sufridos por la paciente Miranda Dina durante la infancia, una manera de olvidar sucesos tan traumáticos.*

*El doctor Grau siguió utilizando la hipnosis para acceder a las personalidades disociadas y así poder tratar los recuerdos dolorosos y los sentimientos de autculpa. Consiguió que la paciente aceptara su fragmentación e integrara recuerdos dolorosos, además de componer las distintas personalidades para controlar el proceso disociativo.*

Manuel Bobis Reinoso

*Gorrión*

## Capítulo 4

### Dos puntos y final

A mediodía, Eugenia Luzmila almorzó con su marido. Tras el postre, se despidió de él con un tierno y cariñoso beso. A las cinco de la tarde salió de su casa, fue directamente al domicilio de Ventura Zabolón, a quien todos conocían como Gorrión. Dentro de la casa, hombre y mujer se abrazaron.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ventura.

—Nerviosa. ¿Trajeron el pedido del supermercado?

—Sí, cuando quieras puedes entrar en la cocina, yo pasaré toda la tarde en la biblioteca escribiendo.

—Te avisaré cuando esté la cena preparada. Cenaremos a las nueve.

En la amplia cocina, Eugenia Luzmila tostó piñones en una sartén, peló naranjas, las cortó en gajos, lavó una escarola, la picó, la puso en un bol con los gajos de la naranja y la aliñó con zumo de limón, aceite y sal. Cortó bacalao ahumado en tiras, lo incorporó al bol junto con los piñones. Tostó pan para acompañar la ensalada,

Manuel Bobis Reinoso

lo untó con ajo y aceite de oliva virgen. Preparada la ensalada, espolvoreó un pato con sal, lo puso en una cacerola junto con zanahorias y cebollas cortadas en trozos. Añadió unos dientes de ajo sin mondar, una hoja de laurel, unos granos de pimienta y clavo. Derritió manteca de cerdo, la derramó sobre el pato y lo puso al fuego para que el ave se fuera rehogando lentamente y se dorara bien por todos lados. Una vez dorado el pato, le añadió vino y lo mantuvo a fuego lento. Reducido el vino, espesó la salsa con harina y retiró del fuego. En una cazuela de barro, rehogó dos lomos de merluza en aceite de oliva virgen. Incorporó almejas, dejó cocer durante diez minutos. También preparó una tarta de queso y arándanos, otra de chocolate, otra de flan con galletas e hizo arroz con leche.

A las nueve de la noche, Eugenia Luzmila avisó a Ventura, quien salió de la biblioteca para dirigirse al salón, donde la mesa ya lucía vestida con mantelería bordada, vajilla con ribetes color del oro, cristalería fina y cubiertos de plata.

—La ocasión merece algo muy especial. —dijo gorrión sonriendo mientras abría un mueble bar.

—¿Tienes una sorpresa?

—¡Sí, y muy buena! —exclamó el hombre mientras mostraba entre sus manos una botella de vino carísimo.

Cenaron disfrutando del banquete. Cuando terminaron el postre, Ventura volvió a la biblioteca. Miró a través de los cristales del ventanal para contemplar cómo una lluvia fina y persistente brillantaba los adoquines que empedraban la plaza. Se sentó en el escritorio, terminó de escribir lo que había dejado cuando Eugenia Luzmila lo llamó para cenar: un relato titulado *El canto del cisne*. Redondeó sobre el papel su último punto final. Después de guardar el cuaderno adorable en el que escribía sus psicocuentos en el cajón de la mesa escritorio, cerró el cajón con una pequeña llave a la que metió en un sobre en el que había escrito: «*Entréguese a la persona que compre mi casa*».

Selló el sobre con lacre. Lo puso sobre el escritorio. Cerró la pluma estilográfica, la colocó dentro de su estuche. Apagó la leña de encina que ardía en la chimenea y las velas de los candelabros. Antes de salir de la biblioteca, quedó contemplándola, era la última vez que vería a sus amadísimos libros, las estanterías, el escritorio, la vitrina donde guardaba su colección de dados de todo el mundo, los óleos, las vidrieras emplomadas, los sujetalibros de bronce. Subió las escaleras, se dirigió a la cocina.

Manuel Bobis Reinoso

— ¿Estás preparada?

— Sí.

En a la habitación, ella preguntó:

— ¿Te ha gustado la cena?

— Creo que ha sido la mejor de mi vida.

— ¡Me alegro! —contestó Eugenia.

— Hace mucho calor aquí.

— Sí, hace mucho calor.

Eugenia y Ventura se fundieron en un largo y emocionado abrazo. Después, él vertió cianuro potásico en dos vasos de agua, lo bebieron, se echaron en la cama de costado. Durante minutos, hombre y mujer se retorcieron de dolor, hasta que la masiva descarga de endorfinas previas a la muerte les hizo gozar de una sensación de bienestar jamás experimentada. Sus neuronas se desconectaron, dejaron de vivir.

A las cinco de la tarde del día siguiente, los operarios de la funeraria pusieron el cadáver de Ventura en el ataúd, no sin dificultad, porque el rigor mortis provocó que el cuerpo quedara en una extraña postura. La capilla ardiente fue instalada en el salón de la casa, con candelabros, velas encendidas, un cuarteto de cámara que interpretaba música apropiada para tan triste momento y varios jarrones grandes que exhibían unas extrañas y exóticas flores. Pronto comenzaron a pasar por allí, con

gesto serio y contrito, distintos amigos, compañeros y conocidos.

El primero en llegar fue un antiguo camarada que en los tiempos de vino y rosas compartió con el finado numerosas alegrías. Viajaron juntos, se enamoraron de distintas mujeres juntos, fueron inseparables hasta que Ventura se arruinó y aquel amigo no quiso saber nada más de él y buscó a otros compañeros para salir y viajar. Ese camarada, cuando vio el cadáver, preguntó a un caballero que estaba sentado junto al féretro:

— ¿Está dando un corte de mangas?

— ¡Desde luego lo parece! Murió en esa postura, la rigidez hace que lo parezca.

— Yo diría que sí, ¡qué extraño! ¿Cómo ha sido?

— Ha amanecido muerto en su cama.

Entró en la casa un antiguo compañero de trabajo al que en ocasiones Ventura había sacado de apuros económicos prestándole dinero. El mismo que comenzó a ignorarlo y a no relacionarse con él cuando supo que estaba mal considerado por los directores de la fábrica y era comprometido ser su amigo. Fue acompañado hasta el salón.

Al acercarse a ver el cuerpo exclamó con voz un poco alta para el recogido momento del que se trataba:

Manuel Bobis Reinoso

— ¡Parece que está dando un corte de mangas!

— Claro que lo parece, yo he comentado lo mismo.

— contestó el camarada.

Media hora más tarde, llegaron dos hombres y dos mujeres. Aquellas cuatro personas fueron sus mejores amigos, los que nunca lo abandonaron, los que siguieron siendo los mismos en las horas más difíciles, los que le demostraron una amistad auténtica, verdadera y duradera, a prueba de los vaivenes de la vida y de la economía. Visitaron la capilla ardiente con lágrimas en los ojos. Estaban destrozados, no entendían que se hubiera marchado tan de repente. Quedaron un buen rato mirándolo entristecidos, no hicieron ningún comentario sobre la extraña postura, pero el antiguo compañero de trabajo les comentó:

— ¡¿A que parece que está dando un corte de mangas?!

— ¿Un corte de mangas? A mí no me lo parece. — contestó uno de los hombres.

— ¡No, no lo parece! — contestó también una de las mujeres.

Poco después llegaron varios excompañeros, aquellos que cuando fue despedido de la fábrica ni siquiera le organizaron una comida para dedicarle un simple adiós, aquellos que no recordaron en su momento

que él había luchado en pro de sus derechos, que dio la cara por ellos muchas veces. Una vez que se encontraron frente al féretro, también comentaron el supuesto gesto obsceno.

A su fiel asistenta; a la que había trabajado para él durante treinta años, a la que lloraba afligidamente, a la que en alguna ocasión no pudo pagar, a la que lo encontró pálido y frío sobre la cama esa mañana; tampoco le pareció que aquel supuesto gesto fuera un corte de mangas.

La aldaba sonó, la asistenta abrió la puerta tras la que se encontraba un hombre alto y muy serio que dijo:

—Soy Onofre Ginés, el marido de Eugenia Luzmila, he venido para trasladar el cadáver.

—Pasen por favor.

El hombre, seguido de cuatro operarios que portaban un féretro carísimo, siguió a la asistenta hasta la habitación. Una vez colocado el cuerpo de la mujer en el ataúd, bajaron las escaleras portándolo. Onofre Ginés salió de la casa seguido por los operarios que transportaban el féretro. Partieron en un coche fúnebre tirado por cuatro caballos negros hacia la casa palacio de Buena Vista, residencia de la familia, donde se instaló la capilla ardiente.

En el testamento, Ventura Zabolón les había legado a sus únicos parientes vivos, un sobrino y una sobrina, una pequeña cantidad de dinero que pudo ahorrar durante sus últimos años. También su amadísima casa en pleno centro de la ciudad. La casa gozaba de un patio con columnas de mármol que el sol iluminaba del color de los limones en las horas centrales del día y al que la lluvia matizaba de plomo en otoño y primavera. Una escalera de ladrillos del color de las cerezas con pasamanos de madera llevaba a la primera planta donde se encontraban las habitaciones, la cocina y el comedor. La segunda planta la integraban la azotea y una buhardilla. En la buhardilla se encontraba el pequeño taller de carpintería que le servía para construir los muchos y variados juegos que inventaba.

La auténtica joya de la casa era la biblioteca, que se encontraba en la planta baja, junto al patio y al salón. Sus muebles eran muy antiguos y valiosos. Ventura sabía que sus sobrinos, que no vivían en la ciudad, venderían la casa, por ello, antes de morir, dejó el sobre lacrado, destinado a la persona que comprara la casa, bien visible sobre el escritorio de la biblioteca.

## *Psicocuento 10*

### *El cuaderno adorable*

*El profesor Teodoro Ramiro explicaba las lecciones de una manera tan didáctica que hacía que la materia atrajera a los niños y que estos se sintieran entusiasmados. Uno de los primeros días de clase pidió a los alumnos:*

*—¡Por favor! Me gustaría que desde mañana cada alumno y alumna comenzara a trabajar en un cuaderno. Quiero que sea el cuaderno más hermoso que hayáis escrito, quiero que sea bello por fuera y bello en su interior. Pretendo que en él escribáis mis enseñanzas y que las desarrolléis con trabajos fuera de clase. Podéis buscar en enciclopedias, podéis hablar con personas que sepan sobre la cuestión a tratar, podéis copiar textos, hacer poesías y, sobre todo, quiero muchos dibujos y esquemas.*

Manuel Bobis Reinoso

*Para desarrollar los temas podéis reuniros en grupos. En los dibujos utilizad la técnica que más os guste, la única condición es que todo esté hecho por vosotros. Se puede colaborar en el cuaderno de un compañero o compañera si este lo pide. Deseo que se convierta en la mejor obra de arte que se pueda conseguir dentro de las capacidades de cada cual. Quiero, en definitiva, que pongáis todo vuestro cariño y esfuerzo en este cuaderno adorable porque lo que realmente os voy a puntuar es la ilusión y la dedicación.*

*En el descanso de media mañana, todos los niños pedían consejo a Jacinta, quien por un día se sintió importante. ¡Claro! Su padre era el dueño de la librería, papelería y artículos de escritura más bella de la capital. Los muchachos tenían la mente puesta en cómo sería su cuaderno, lo imaginaban escrito con una bonita letra y hermosísimos dibujos de colores.*

*Al salir de clase, Jacinta corrió a la librería. Después de mucho dudar, eligió un libro ya encuadernado en piel de color rojo, cuyas páginas*

102

*estaban en blanco, de un papel grueso de bastante calidad. Se lo dio a su padre, que lo llevó al taller de encuadernación para grabarle en el lomo, con letras doradas:*

*«Cuaderno adorable de Jacinta».*

*Aquella tarde, Jacinta vio pasar por el negocio a bastantes compañeros y compañeras que eligieron diversos formatos según sus gustos. Los chicos compraron también tintas de colores, lápices, acuarelas, óleos, pastel y ceras. Lo primero que hizo Jacinta cuando su padre le entregó el cuaderno fue estamparle en la primera página en blanco, con tinta de color azul, su exlibris rectangular en el que figuraba un unicornio, y dibujó con ceras en esa misma página unas sencillas y bonitas flores.*

*Al día siguiente, todos los muchachos mostraron orgullosos e ilusionados su cuaderno adorable limpio y dispuesto. El profesor los felicitó y elogió su buen gusto.*

Manuel Bobis Reinoso

*Aquel día la lección trataba sobre el aparato locomotor. Por la tarde, Jacinta comenzó a buscar en enciclopedias y libros especializados textos y láminas para copiar en su cuaderno. Para el texto eligió tinta negra que en ocasiones combinaría con tinta ocre. Para los dibujos tintas de colores y para la caligrafía letra cuncilleresca con esos números saltantes que combinan tan bien con las minúsculas.*

*Al finalizar aquel año escolar, en el mes de junio, el cuaderno adorable de Jacinta quedó precioso y sus enseñanzas grabadas en la memoria para siempre porque lo que se aprende con cariño y entusiasmo no se olvida jamás. El profesor Teodoro Ramiro pidió a sus alumnos que le regalaran sus cuadernos adorables en caso de que no los quisieran conservar. Jacinta decidió quedarse con el suyo.*

*Muchos años más tarde, siendo ya una mujer, Jacinta supo que el profesor Teodoro Ramiro, el coleccionista de cuadernos adorables, estaba enfermo, por lo que decidió ir a visitarlo. Le tenía mucho cariño a aquel profesor que hizo que desde la infancia ya*

*amara los estudios. Recordaba aquellas clases amenas, bien explicadas, amables, interesantes. Tras el sonido de la aldaba apareció una mujer sexagenaria que le abrió la puerta y que le hizo pasar a la biblioteca donde, sentado junto a la chimenea encendida, se encontraba don Teodoro.*

*—Don Teodoro, buenos días.*

*—Buenos días, Jacinta, me alegro mucho de verte.*

*Estuvieron hablando y recordando buenos momentos. El profesor preguntaba por cada uno de los compañeros que Jacinta tuvo en la Escuela, qué habían hecho, qué habían dejado de hacer.*

*En un instante en que Jacinta puso su mirada sobre los estantes de las librerías de aquella biblioteca, comprobó que en ellos no había libros, no, ni un solo libro. Descansaban sobre aquellos anaqueles miles de cuadernos, cuadernos adorables que sus alumnos le habían regalado al acabar los cursos.*

*—Es mi lectura, cada día contemplo uno de ellos, y al hacerlo recuerdo cada niño, cada niña, y rememoro cuando veo los dibujos si el día en que fue pintado llovía, o hacía mucho frío, o sonreía el tibio sol, o reinaba el insoportable calor de los últimos meses de cada curso. Estos cuadernos son mis tesoros. Después de mi familia, sin duda, son lo que más quiero en la vida, mi compañía diaria, una explosión de tintas de colores que alegran mi vida.*

*Jacinta estuvo hojeando aquellos cuadernos, sus esquemas, dibujos, colores. Reconoció letras infantiles de compañeros y recordó que en su momento no quiso regalar sus cuadernos adorables al profesor porque también le gustaba guardarlos como recuerdo.*

*Una vez en casa, buscó aquellos cuadernos, uno por cada año que estudió con don Teodoro. Los encontró y pasó toda la tarde contemplándolos y recordando. Eran realmente bellos. Puso todo su interés infantil en escribirlos y dibujarlos de una manera hermosa, con letra pequeña, inclinada hacia*

*atrás, colores vivos, papel de calidad, cubiertas de piel, purpurinas.*

*Cinco días después, volvió a sonar la aldaba. La mujer sexagenaria volvió abrió la puerta e hizo pasar a Jacinta a la biblioteca donde nuevamente, al calor del fuego, estaba sentado el profesor en su sillón preferido.*

*—Profesor, quiero hacerle un regalo.*

*Cuando el profesor vio aquellos cuadernos adorables, se le humedecieron los ojos.*

*Gorrión.*



## *Psicocuento 11*

### *Un barco llamado Esperanza*

*Llovía muchísimo aquella mañana, el mar se enfurecía y zarandeaba el casco oxidado del barco llamado Esperanza. La carga del destartado navío era de seres humanos. Mil quinientos emigrantes procedentes de países lejanos y pobres se hacinaban sobre las tablas, pasaban hambre y esperaban con ilusión.*

*El capitán no obtuvo permiso para atracar en el puerto, aunque alegara que era imposible volver porque, tras veinte días de navegación, los víveres estaban a punto de acabarse y los pasajeros no resistirían el viaje de vuelta. Comunicó que se mantendría anclado frente al puerto.*

*Casi toda de la población estaba de acuerdo con las autoridades en su decisión de denegar al Esperanza el permiso para atracar. Los ciudadanos no querían*

Manuel Bobis Reinoso

*que los inmigrantes desembarcaran, exigían que se fueran cuanto antes. Tampoco aceptaban que se les proporcionaran alimentos ni fármacos, pues pensaban que así alcanzarían antes la desesperación y antes partirían.*

*Las autoridades no podían permitir que los embarcados comenzaran a morir. Decidieron enviar al barco agua, alimentos y fármacos. Algunos jóvenes altruistas estaban entusiasmados con la idea de presentarse como voluntarios para llevar el agua y los alimentos.*

*Una mañana temprano, grupos de voluntarios montaron en grandes barcazas cargadas con víveres. Lentamente, se fueron acercando al navío vetusto y ciclópeo. En cubierta, pudieron contemplar el lamentable estado en que aquella pobre gente se encontraba. El olor era repugnante, las caras de los desdichados inexpresivas, formaban una larguísima cola para recibir la comida. A los muchachos les llamó la atención que con las personas viajaba también una*

*graciosa perrita que no tenía fuerza ni para ladrar. La perrita, que aún era un cachorro, se llamaba Lluvia.*

*Muy pronto, toda la ciudad sabía del lamentable estado de los inmigrantes y conocía que a bordo se encontraba una perrita de color canela que se hallaba en los huesos y estaba a punto de morir.*

*El capitán volvió a solicitar permiso para atracar y que la ciudad acogiera a los inmigrantes, pero la opinión pública presionaba para que se fueran. Se volvió a denegar el permiso, pero se comunicó al capitán que se habían recibido más de dos mil peticiones para adoptar a Lluvia. Se celebró un sorteo para adjudicar la perrita a una de las muchas personas que habían solicitado su adopción.*

*El barco de la desilusión y la desesperación zarpó una mañana buscando el camino fluvial de vuelta con un pasajero menos: la perrita Lluvia, que quedó en tierra felizmente cuidada por una cariñosa familia. El barco se perdió río abajo, bajo la lluvia, con su carga*

Manuel Bobis Reinoso

*de niños sin futuro y adultos enfermos, pobres y desesperados.*

*El Esperanza arribó a la desembocadura del río. Al llegar al lugar donde se fundían las aguas dulces con la sal del mar, viró a estribor poniendo rumbo al oeste bordeando una playa virgen de dunas pálidas. Desde el barco veían cómo los ciervos se acercaban a la playa y cómo infinidad de pájaros oscurecían el rojo de la tarde. Los pasajeros de aquel óxido marinero contemplaban la colorida tierra adornada con caballos libres que galopaban salvajes.*

*El capitán mandó parar las máquinas. Tras horas de deliberación, los inmigrantes decidieron no mendigar más una oportunidad que les era negada una y otra vez. Anclaron el barco lo más cerca posible de la playa. Al día siguiente, desde desvencijados botes, observaron cómo los peces se asomaban a la superficie para saludarlos. Arribaron a tierra las personas que mal morían en el barco. Se quedaron en aquella tierra venturosa, bien llamada por ellos El Paraíso. Tierra*

*libre, tierra sin estado donde las familias soñarían un humilde futuro.*

*A quinientos metros de la playa construyeron cabañas. Establecieron normas de comunidad, organizaron la enseñanza de los niños, comenzaron una nueva vida en libertad. No faltó quien muy pronto intentó erigirse en líder e imponer sus ideas.*

*Gorrión.*



## *Psicocuento 12*

### *El fin del mundo*

*Un día de otoño, antes de que se pudieran ver sus cuerpos, se oyeron sus cánticos. Avanzaban por el camino sin dejar de cantar, ofreciendo una sonrisa plena y un saludo amable a los ciudadanos que se cruzaban con ellos. Salvador Tadeo, el hombre que entraba en trance, caminaba al frente de una treintena de personas vestidas de manera muy estrafalaria. El grupo lo formaban hombres y mujeres de diversas edades, aunque predominaban los jóvenes entre dieciocho y veinticinco años. Los bellísimos cánticos y los vistosos vestidos provocaban que los transeúntes se pararan y se quedaran mirando a tan extraña tropa.*

*La finca Laredo se encontraba al pie del camino, albergaba una casa grande que miraba hacia el sur.*

Manuel Bobis Reinoso

*Había sido construida por un labrador de mujer y prole que sucumbió al vicio del juego y protagonizó una tristísima historia que sería siempre recordada en la ciudad. En el cementerio descansaban los cuerpos del labrador, de su esposa y de sus siete hijos. Cuando murieron, la casa pertenecía ya al banco.*

*Al llegar a la cancela que guardaba la finca Laredo, Salvador Tadeo sacó un manajo de llaves. Tras probar algunas, acertó con la llave correcta, abrió la cancela e invitó a pasar al grupo que lo acompañaba, que sin dejar de cantar cruzó la finca y penetró en la casa.*

*Contaban los habitantes de las granjas y huertas próximas que los cánticos solo dejaban de escucharse por la noche y que los miembros del grupo nunca salían de la casa, excepto un par de hombres que semanalmente compraban alimentos en el mercado de abasto.*

*De pequeño, Salvador Tadeo fue un niño muy solitario que padecía un gran déficit en las relaciones con sus iguales. Con diez años, ya soñaba con fantasías*

*extrañas y vestía de manera peculiar y extravagante, una apariencia rara que nunca abandonó. En su juventud, se comportaba de manera excéntrica, creía obsesivamente en el mundo mágico, creía en la clarividencia, en la telepatía y en el sexto sentido. Era hombre de afectividad fría, que utilizaba un habla poco usual, muy elaborado, con gran número de metáforas y extremadamente vago. Paranoico, carecía de amigos íntimos. A menudo sufría alucinaciones visuales y auditivas y mantenía ideas delirantes sobre seres celestiales del espacio. Con veinticinco años, fue diagnosticado de trastorno esquizotípico de la personalidad.*

*Hacía ya tiempo que Bartolomé López Aranguren no era el mismo. Había perdido su sonrisa y su alegría, deambulaba sumido en sus pensamientos y se advertía en su semblante que estaba preocupado. Bartolomé lo comentaba con un viejo y querido amigo mientras cenaban en un restaurante:*

—*Lo estamos pasando muy mal, se trata de Mercedes.*

—*¿Qué le pasa a tu hija?*

—*Hace tiempo que viene comportándose de manera muy extraña, ha conocido a un grupo de personas que le están influyendo negativamente con unas ideas estúpidas. Esto nos tenía un poco preocupados, pero ahora está decidida a irse a vivir con ese grupo y eso no nos gusta nada. Está hundiendo en la congoja a su madre y no hay forma de hacerla entrar en razón.*

*Mercedes era la tercera hija de Bartolomé y de Amelia. Muchacha poco favorecida físicamente, tímida y retraída. Excepto su familia, nadie la había tenido nunca muy en cuenta. Había quien la tachaba de tonta que únicamente decía estupideces. Era, sin duda, la menos alegre y agraciada de su familia. Nunca fue popular. Buscaba la aprobación de los demás y necesitaba sentirse escuchada e integrada, algo que nunca consiguió ni con amigos ni con compañeros.*

*Una mañana, Mercedes fue a dar un paseo con una amiga. Cuando esta le preguntó por su deseo de irse de casa, los ojos de Mercedes se iluminaron con el brillo de la ilusión.*

*—¡Es maravilloso!, por primera vez en mi vida me siento aceptada fuera de mi familia, soy importante para alguien, me siento integrada en un grupo y conozco la verdad.*

*—¿Qué verdad?*

*—Mira, yo no quiero convencer a nadie, pero faltan exactamente mil noventa días para el fin del mundo.*

*—¿Cómo?*

*—Sí, la Tierra sufrirá una gran inundación, todo el orbe quedará bajo las aguas y la humanidad perecerá.*

*—¿Y eso quién te lo ha dicho?*

*—Salvador Tadeo, es nuestro líder, a veces entra en trance y recibe mensajes de seres espirituales procedentes del planeta Alón.*

Manuel Bobis Reinoso

*La amiga quedó con la boca abierta, pero siguió preguntando:*

*—Bueno, y si todos vamos a perecer, ¿por qué te veo tan ilusionada?*

*—Nuestro grupo no perecerá, el mismo día en que comience el fin del mundo, varias grandes naves voladoras bajaran desde el cielo para llevarnos a su planeta, donde viviremos ya por siempre la verdad absoluta.*

*—¡Pero no hace falta que dejes tu casa!*

*—Sí, es absolutamente necesario que todos los componentes del grupo nos encerremos en la finca Laredo para prepararnos espiritualmente y organizar la marcha. Debemos retirarnos de cualquier tipo de actividad que no sea disponernos para el gran acontecimiento.*

*—¿Y tus padres? Les vas a hacer mucho daño.*

*—Son enfrentamientos y sacrificios que debemos hacer en nombre de la verdad. Además, me sirve para demostrar que soy digna de pertenecer al grupo escogido.*

*Bartolomé y Amelia, los padres de Mercedes, siempre habían defendido el principio del respeto a las ideas de cada persona y habían procurado que sus hijos fueran autónomos en su pensamiento y su comportamiento. En aquel doloroso momento, se enfrentaban a un dilema: ser fieles a sus principios y dejar que su hija de solo diecisiete años ingresara en una secta, dejando a su familia hundida en la tristeza; o prohibirlo como era su deseo, aunque con ello traicionarán a sus propias ideas. Decidieron continuar siendo fieles a sus principios, aunque estuvieran en contra de sus deseos y sus intereses.*

*Diez días después, con su cara iluminada por el regocijo y la ilusión, Mercedes, la mujer por fin aceptada, diecisiete años de edad, dejando a su familia sumida en el desconsuelo, se encerró con el grupo de Salvador Tadeo. Faltaban mil ochenta días para el fin del mundo.*

*El día del fin del mundo amaneció un poco nublado. La gente por la calle reía y se burlaba de tan*

Manuel Bobis Reinoso

*estúpidas creencias, pero en el fondo albergaban un cierto e irracional temor. Los periódicos hacían alusión a tal superchería en la portada, era el único tema de conversación de los trabajadores que se incorporaban a sus puestos de trabajo en el mercado. En las cervecerías era asunto único de discusión.*

*A media mañana, el cielo se volvió del color del plomo. Por el mediodía, justo a la hora de almorzar, comenzó a llover copiosamente. Los bromistas dejaron de hacer bromas y algunas personas acudieron al templo. Estuvo lloviendo con distinta intensidad durante toda la tarde. Los cánticos que remontaban hasta el cielo desde la finca se oían cada vez más intensamente. Desde fuera, cualquiera hubiera podido notar en aquellas voces un desmedido entusiasmo y una indisimulada felicidad.*

*Poco antes de ponerse el sol el aguacero amainó, dejó de llover. Quedó una noche un poco fría del mes de abril. No volvió a caer una sola gota de agua. Había llovido igual que lo había hecho millones y millones de*

*veces desde que el mundo existía. Había sido una tarde lluviosa de primavera más.*

*Una hora antes de que los relojes cantaran sus campanadas doce veces, Salvador Tadeo, el hombre que entraba en trance, entró una vez más en trance. Cuando despertó comentó al grupo:*

*—He recibido un mensaje celestial en el que se me comunica que el mundo se ha salvado gracias a la fe de este grupo. Ahora tenemos que trasladar esta buena noticia a todo el mundo, debemos propagar la verdad.*

*El grupo saltó de alegría, abrazos y besos se sucedían, estaban preparados para comenzar a llevar al mundo la única verdad.*

*Mercedes, la mujer por fin aceptada, visitó a su familia. Sus padres y sus hermanos le rogaron que volviera al hogar, pero solo había ido a verlos para comunicarles que se entregaría absolutamente a la causa de predicar la gran verdad, que para ello debía despojarse de todo sentimiento que pudiera hacerla*

Manuel Bobis Reinoso

*dudar de su misión. Se despidió sin dar besos, con un tímido movimiento de manos. Salió de la casa, cerró la puerta y se difuminó por el camino polvoriento. Nunca más volvieron a verla.*

*Gorrión.*

## Capítulo 5

### El coleccionista de infancia

La aldaba de la casa de Ventura Zabulón sonó con tres golpes secos. Un hombre joven llamado Luis abrió la puerta.

—¿Qué desea?

—Vengo por lo del anuncio que han insertado en el diario.

—Pase, pase. Deme el sombrero y el abrigo, siéntese.

—Muchas gracias.

—No esperaba que se interesara nadie tan pronto.

El hombre que había entrado en la casa era un caballero de cincuenta y cinco años de edad, con una buena cabellera entrecanosa, alto de estatura, moreno de tez y voz grave.

—¿Le apetece un café?

—No gracias.

—Entonces, imagino que querrá que le enseñe la casa.

Manuel Bobis Reinoso

—Sí, me gustaría verla, aunque sé muy bien cómo es.

—¿Ya la conoce?

—Nací aquí y viví en ella durante veinticinco años.

—¿Pertenece usted a la familia que vendió la casa a mi tío?

— Sí. Mis padres la vendieron.

—Y ahora, ¿quiere comprar la casa de nuevo?

— Depende de las condiciones.

—¡Vaya! La de vueltas que da la vida.

—En efecto, da muchas vueltas. ¿Y su tío, cómo está?

—Murió hace un mes. Ni mi hermana ni yo vamos a vivir aquí, es por eso que queremos vender la casa.

—¿Su tío ha muerto? —preguntó el hombre con cara de extrañeza.

—Sí, en el mes de enero.

—Lo siento.

Luis enseñó la casa al señor maduro, a quien se le comenzaron a mezclar los recuerdos en su memoria de niño. Volvió a ver el salón, la cocina le trajo a la memoria el recuerdo de su madre blanca de harina con olor a vino dulce y ajonjolí. El fascinante cuarto que en su tiempo albergara los juguetes se había convertido en taller de carpintería. El horno de cocer el barro, la escalera, los

dormitorios y baños. La azotea le recordó a su madre cuando tendía la ropa. El trastero polvoriento, la biblioteca donde sus padres leían durante las tardes frías de otoño e invierno, y el patio en el que tantas veces jugaba con su hermano en los días soleados.

El hombre maduro se llamaba Edmundo Fidel. Hacía diez años que había comenzado a coleccionar infancia. Guardaba como un tesoro algunos vasos que aún permanecían intactos y que le recordaban las noches en las que se celebraba la Nochebuena, o el día de Navidad, o las fiestas de cumpleaños. Conservaba todos los libros que habían conformado la biblioteca familiar, escritos, la antigua máquina de coser, relojes de su padre y cuadernos de la escuela. Adoraba acudir a las ferias de libros antiguos, donde en ocasiones encontró ejemplares similares a aquellos en los que estudió; también hermosos ejemplares de aventuras que leyera con pasión, pero que el tiempo y el descuido hicieron desaparecer. Buscaba con desesperación aquellos álbumes con cromos fascinantes de vivos colores iguales a los que él coleccionó. También acudía a las ferias de juguetes antiguos. En una ocasión, casi lloró cuando pudo adquirir un castillo y unos soldados medievales en muy buen estado de conservación, exactos a los que fueron sus juguetes

Manuel Bobis Reinoso

favoritos. Había restaurado los pocos muebles familiares que quedaban de los tiempos en que aún era un niño. Siempre que en algún mercadillo encontraba algún objeto semejante a los que alegraron aquella época de su vida, lo compraba. En aquel momento, iba a adquirir la que se iba a convertir en la pieza más preciosa de su colección: la casa donde nació y vivió su infancia y su juventud.

Cuando Luis terminó de enseñar la casa al coleccionista de infancia, volvió a invitarlo a sentarse y tomar un café. La invitación fue aceptada. Los hombres siguieron conversando una vez servida la humeante taza, que aromatizaba la casa y alcanzaba los olfatos de transeúntes que cruzaban la plaza.

—Dígame ¿cuál es el precio de la casa?

Antes de que Luis acabara de decir el precio, el coleccionista de infancia casi gritó:

—¡La compro! Me gustaría que formalizáramos pronto el documento de compraventa.

—Verá, me sorprende la celeridad, mi tío quería que quien comprara la casa respetara, sobre todo, la biblioteca y que la conservara tal cual, con los mismos muebles. Nos gustaría tener garantías.

—No pienso cambiar nada, tan solo arreglar lo que con el tiempo se vaya deteriorando. Su tío ha conservado la casa tal cual la tenía mi padre, solo he apreciado un

tabique nuevo que antes no estaba. Ha sido una gratísima sorpresa que me ha animado aún más a comprarla. No he querido ni siquiera regatear el precio, no deseo que nadie me la quite.

—Yo, personalmente, creo que es usted la persona más adecuada, se lo comentaré a mi hermana y, si está de acuerdo, iremos en breve a formalizar la compra ante notario.

—Muy bien, hoy me siento mucho más feliz.

El hombre joven sonrió.

Edmundo Fidel compró la casa. Una semana más tarde ya se había instalado en su antiguo y nuevo hogar. No realizó, tal como prometió, ninguna reforma e hizo trasladar sus libros y su colección de infancia a su nueva morada.

Una fría tarde de marzo, se encerró en la biblioteca. Cuando sonaron las siete campanadas que la torre de la iglesia elevó hacia los cielos, el coleccionista de infancia abrió el mueble bar y se sirvió una copa del brandy que había comprado aquella misma mañana. Mientras saboreaba el licor, se asomó a la ventana y contempló cómo las últimas luces de la tarde matizaban de plata la plaza y una fina lluvia brillantaba los adoquines. Se sentía feliz por haber podido comprar la casa en la que

Manuel Bobis Reinoso

pasó su infancia, adolescencia y juventud. Amplia, bien situada y hermosa, con aquella añorada biblioteca de la que se enamoró de pequeño y en la que estaba disfrutando su primera velada de lectura. La casa le traía muchísimos recuerdos.

La familia de Edmundo Fidel estaba conformada por su padre, su madre, su hermana y su hermano Melitón, que solo tenía un año más que él. El padre trabajaba en el puerto. Hombre severo, siempre trató a Edmundo de manera fría, distante y despreciativa. Le regañaba con frecuencia, mientras que su madre, intentando compensar, lo colmaba de caprichos.

La casa le traía muchos recuerdos, sí, aunque no todos agradables. Nunca olvidaría aquella funesta tarde en la que sus padres, tras reunir a los tres hermanos, les comunicó que se iban a divorciar. En aquel mismo instante, cuando tenía nueve años, comenzaron a transcurrir los dos años más tristes de su infancia.

Estudiante brillante, comenzó a suspender examen tras examen. Se metía en el baño, pero no se aseaba, lo que provocó la protesta de su profesora, que al llegar a oídos de sus padres provocó que empeorara la situación, pues estos reñían violentamente por su culpa, ya que le echaban en cara su falta de colaboración justo en aquel momento tan difícil para la familia. Cambió radicalmente,

no llevaba los deberes hechos ni terminaba las tareas en clase. Muy sensible, peleaba continuamente por asuntos sin importancia.

Todas las noches sufría pesadillas, le costaba dormir. Su madre lo achacaba a los comics sobre violencia que le gustaba leer. Se sentía aburrido, lento, sensible, triste, desgraciado, cansado, irritable, falto de atención, absorto en su mundo, sin ilusión ni ganas de vivir. Dejó de salir a jugar a la calle con los amigos, apenas comía.

La madre, quien sufría una grave depresión desde hacía dos años, constantemente comentaba a Edmundo que si se separaba era por él y por sus hermanos, para que no tuvieran que soportar la severidad de su padre, lo que hacía que el muchacho se sintiera culpable de la separación. Pensaba que, dado que él era el responsable, sería mejor que desapareciera temporalmente, pero nunca llevó a cabo ninguna fuga. Su vida y su casa se habían convertido en un infierno.

Al cumplir los diez años, la situación empeoró, porque había desarrollado un miedo irracional a los osos. Había leído un libro sobre animales asesinos que le había impactado, sobre todo el capítulo dedicado a los osos, en el que se narraba con todo lujo de detalles cómo aquellos animales podían atacar y devorar a los hombres. Dejó de

Manuel Bobis Reinoso

salir a la calle y de acudir a la escuela, su madre decía que se había vuelto loco. Todo el mundo se burlaba de él diciéndole que en Sevilla no había osos, pero, aunque reconocía que aquel era un temor absolutamente infundado, también reconocía que era superior a sus fuerzas. Solo pensar en poner un pie en la calle lo ponía nervioso, temblaba, se ahogaba, sudaba, el corazón le palpitaba con fuerza. En una ocasión, intentó salir, pero el temor a tocar el pomo de la puerta hizo que se volviera y huyera escaleras arriba hasta encerrarse en su cuarto preso de un ataque de nervios. No se atrevía a abrir la ventana.

Recordaba que su madre lo llevó a un psicólogo infantil creyendo que se había vuelto loco. Gracias al hecho de que sus padres hubieran decidido no llevar a cabo la separación, y a la terapia que siguió durante un año, Edmundo superó su depresión y su fobia irracional. Sus padres continuaron viviendo juntos en el hogar, aunque se ignoraron toda la vida.

## Psicocuento 13

### ¿Quién soy?

*Luján había pasado toda su vida buscando su identidad de género. Nació con genitales ambiguos, con un clítoris muy grande o quizás con un pene muy pequeño, labios parcialmente fusionados que pudieran confundirse con testículos poco desarrollados y una vagina tan corta que casi no existía. Al nacer, los médicos explicaron a sus padres que Luján padecía síndrome adrenogenital: un trastorno del desarrollo producido por una hiperplasia suprarrenal congénita, y aseguraron a los preocupados progenitores que los cromosomas de Luján eran de mujer y que se podía realizar una intervención quirúrgica para normalizar los genitales. Leandro y Débora, los padres de Luján, decidieron que aquella decisión debería ser tomada por*

Manuel Bobis Reinoso

*la criatura que había llegado al mundo cuando tuviera uso de razón.*

*Una vida entera soportando preguntas sobre su cuerpo demasiado débil y feminizado para ser hombre, con demasiada barba y voz grave para ser mujer. Al alcanzar la pubertad, su ausencia de menstruación y su cuerpo más masculino que femenino hacían que su identidad sexual se mantuviera confusa. Había aprendido desde la infancia a referirse a su persona de una manera neutral: ni en masculino ni en femenino. Nunca había experimentado atracción sexual ni por un género ni por otro, no había demostrado interés por la maternidad. Reusó pasar por el quirófano para convertirse en mujer porque nunca lo tuvo claro. Acababa de cumplir treinta y cuatro años. Desde su madurez, por fin, había tomado una decisión: no iba a ser ni hombre ni mujer, tan solo iba a ser Luján.*

*Había sufrido en la vida más de lo que cualquier persona hubiera podido soportar: burlas en la infancia y en la adolescencia, inseguridad, falta de identidad sexual, timidez, retraimiento, evitación social. Sí, un*

*gran padecimiento, pero todo lo sucedido era pasado y culparse por el pasado se convertía en una agonía inútil que solo servía para agrandar su dolor. El pasado no se puede cambiar, el pasado no se puede cambiar, el pasado no se puede cambiar, culparnos o sufrir por el pasado es un sufrimiento inútil e infructuoso, le repetía mil veces su psicólogo.*

*Había llegado el momento de dejar el pasado atrás, de descansar de tan pesada carga. Gozaría del único tiempo verdadero: el hoy aquí y ahora. De los cielos nublados con forma de papel, disfrutaría de cada canto de pájaro que oyera, de cada siesta, de cada verano, de cada brisa en la cara, del brillo del sol reflejado en el río, de cada otoño, de cada conversación, de cada cuento, de cada palabra escrita, de la literatura, de los poemas, de la cerveza y de las ruidosas cervecerías, de la cocina exquisita, de su persona, del invierno, del tacto de un cuaderno repujado en piel, de sus ideas, de sus pensamientos, de sus aficiones, de su familia, de sus amistades, de*

Manuel Bobis Reinoso

*sus recuerdos, de las librerías, de la ciudad, del país, de sus ideales, del paso del tiempo, del amor del hogar encendido, de la sabiduría de los viejos, de las risas y juegos de los niños, de la primavera.*

*Comprendió que la autorrealización no es una estación de llegada, sino una manera de andar por la vida en el día a día. Entendió que la felicidad plena no existe, solo existen los momentos felices. Se prometió no volver a romper ni un solo momento más tirándolo a la basura estúpidamente.*

*Tal vez algún día encontraría el amor. ¿Sería un hombre, una mujer? Tal vez algún día, pero eso no le preocupaba, pues si ocurría, lo haría con la naturalidad y suavidad propias de las aguas que corren río abajo. En realidad, ya se había enamorado, lo había hecho de su propia persona. La felicidad siempre está dentro de alguien, nunca al lado de alguien. Llegó el momento, nunca más se preocuparía por lo que pensara la gente. Ni hombre ni mujer, iba a ser tan solo Luján. Había comenzado, por fin, su tiempo.*

*Gorrión.*

## Psicocuento 14

### Niño o niña

*El mercado de La Encarnación bullía como un loco hormiguero de personas que hacían la compra. La bonanza económica que gozaban los años sesenta atestaba los puestos de compradores, que intentaban hacerse con la mercancía más fresca. Aquella mañana, la carnicería estaba adornada con rosas blancas porque Fara, la carnicera, se había quedado embarazada. Su marido estaba tan ilusionado que llevó un ejemplar de ABC para que su esposa leyera un anuncio.*

*«Si quieres saber el sexo de tu futuro bebé, ven a la consulta de la adivina Linda Sibila. Lo predigo desde la primera semana de gestación. Cien por cien de aciertos. Garantizado».*

*Decidieron visitar a la adivina. Tuvieron que esperar bastante, porque primero pasó una mujer*

Manuel Bobis Reinoso

*mayor que mostraba una exagerada expresión de inquietud en su rostro. Después entró una pareja que también quería conocer el sexo de su futuro hijo.*

*Cuando entraron en la consulta, la adivinadora les hizo unas preguntas mientras apuntaba las respuestas en un documento. Sentó a la carnicera en un amplio sillón, sacó un péndulo de una caja, lo descolgó desde su mano situándolo a diez centímetros del vientre de la mujer. El péndulo comenzó a trazar círculos sobre el abdomen de la carnicera. La adivina dijo:*

*—Será una niña.*

*Mientras la ilusión afluía en los rostros de los futuros padres, con gran habilidad y sin que estos se percataran, la adivina escribió en el documento:*

*«Niño».*

*Cuando el bebé nació, los carniceros fueron a exigir a la adivinadora la devolución de las cien pesetas que les costó la consulta.*

*—¿Yo qué les dije?*

*—Niña.*

*Linda Sibila buscó en el archivo la ficha con el nombre: Fara Rodríguez del Pozo. La abrió, enseñó la ficha al matrimonio.*

*—No, yo les dije niño, compruébenlo en su ficha  
— indicó la mujer mientras alargaba el documento para que lo vieran los padres.*

*Sin recuperar el dinero, se dijeron el uno al otro que lo tenían merecido por creer en adivinatoras.*

*Gorrión.*



## Psicocuento 15

### *El adiós de las cigüeñas*

*Un abuelo miraba hacia una de las muchas torres de piedra de la ciudad monumental, con gesto preocupado comentaba a su pequeño nieto:*

*—Cada año vienen menos cigüeñas, este es el peor de todos, no creo que veamos más de tres o cuatro ejemplares.*

*—¿Por qué abuelo, por qué vienen menos?*

*—No lo sé, pero desde hace quince años, antes de que nacieras, comencé a observar cómo, año tras año, el número de cigüeñas que nos alegraban cada primavera disminuía. Desde entonces no ha dejado de bajar.*

*—¿Había muchas entonces?*

*—¡Muchas! Tantas que oscurecían el cielo en los atardeceres, tantas que representaban un símbolo*

Manuel Bobis Reinoso

*para esta ciudad. Canciones y poemas hablaban de ellas. Volvían todos los años por febrero, aunque algunas ya lo hacían en enero e incluso en diciembre. alguna que otra se quedó todo el año con nosotros. El primero en llegar al antiguo nido, al que reconocía del año anterior, era el macho; unos días después aparecía la hembra, que era algo menor. Las dos aves se saludaban alegres y ruidosas sobre el nido, echaban la cabeza hacia atrás hasta tocarse la espalda con la nuca, abriendo las alas y entrechocando el pico; así producían su sonido característico: el crotoreo, que se oía en toda la ciudad anunciando la primavera. ¡Crotocroc, crotocroc! —exclamó el abuelo mientras inventaba en su rostro un gesto cómico.*

*El nieto rio.*

*—¿Sabías que las parejas de cigüeñas permanecen unidas de por vida? —preguntó el abuelo.*

*—Mamá dice que a los recién nacidos los traen las cigüeñas colgados del pico y que los dejan amorosamente en cada hogar. Debe ser por eso que*

*cada vez nacen menos niños. Todo el mundo comenta que este año es en el que menos niños están naciendo.*

*El abuelo no contestó.*

*Rolf Artman, el cartero, llevaba veinte años recorriendo el camino de los abedules. Aquella tarde, al volver del trabajo, como siempre, entró en su bar favorito. Tras pedir una cerveza, el cartero le comentó al camarero, viejo amigo suyo:*

*—¿Sabes que este año las mariposas de los abedules son todas negras, que ya casi no se ven las de tonos claros?*

*—Sí, ya he oído hablar de eso. Antes era muy difícil encontrar una negra y ahora es casi imposible encontrar una clara. Algunos dicen que es una señal de los desastres que ocurrirán pronto debido a las ofensas que se le han hecho a la religión durante las últimas décadas, que no es normal que hayan casi desaparecido las cigüeñas y que es un castigo que nazcan tan pocos niños.*

—Eso son sandeces, yo he llegado a escuchar a adultos más grandes que un castaño decir que, dado que el descenso de natalidad ha coincidido con el descenso del número de cigüeñas, queda probado que estas traen a los niños.

—Sí, pero estarás de acuerdo en que algo raro está pasando, que son tres coincidencias bastante extrañas.

—Cada año observo cómo el número de mariposas claras va disminuyendo, y yo recorro el camino de los abedules dos veces al día. El cambio ha sido paulatino desde hace quince años para acá. No es algo que se haya dado de pronto, así que su explicación lógica tendrá.

Ludwing Berg era entonces un joven profesor de la universidad de Heidelberg. Gran estudioso del cerebro y del comportamiento humano, de la mente normal y patológica, de la memoria, de la emoción, de la motivación, del desarrollo y la evolución del ser humano, así como de la sociedad. Le gustaba tomar cerveza todas las tardes con su buen amigo Joachim

*Heldman, también profesor en la universidad, zoólogo y estudioso del comportamiento animal.*

*Una tarde, degustando su cerveza, envuelto en el humo aromatizado de su pipa y leyendo la prensa, el profesor Berg comentó:*

*—¿Te has dado cuenta de la polémica que se está levantando en lo que se refiere al reducidísimo número de cigüeñas que nos visitan este año, del color de las mariposas de los abedules y de los escasos nacimientos de niños?*

*—Sí, ya me he dado cuenta.*

*—¿Y te has dado cuenta también de la cantidad de estupideces que se dicen?*

*—Por desgracia el ser humano no abandonará la superstición mientras exista como especie.*

*—Joachim, ¿tú qué opinas como zoólogo? — preguntó Ludwig.*

*—Su explicación científica debe tener, seguro que la tiene, explicación que yo sospecho cuál es. Dime,*

Manuel Bobis Reinoso

*¿qué opinas tú como gran conocedor de la psicología humana?*

*—Pues lo mismo, que el escaso número de nacimientos tiene un porqué. Yo también sospecho qué es lo que está ocurriendo.*

*Como hombres de ciencia, decidieron estudiar el fenómeno. Al día siguiente, Joachim Heldman telefoneó al doctor Herman Uebbert, director del Instituto Federal para la Protección de la Fauna, quien le dio cita para una entrevista. Joachim convenció al director del Instituto, pues el doctor comprendió que las conclusiones a las que se podían llegar podrían ayudar a la conservación de las cigüeñas, ya que le preocupaba muchísimo el alarmante descenso del número de ejemplares. El director puso al servicio de Joachim un equipo de tres jóvenes que acababan de terminar la carrera de zoología y se encontraban haciendo prácticas en el instituto.*

*La primera mañana que Joachim fue al instituto para comenzar su trabajo, el doctor Herman le presentó a los tres jóvenes que le iban a ayudar en*

*su tarea y puso a su disposición todo el material que necesitara. Aquel primer día solo guardaron en el automóvil las cestas con la comida, varios cazamariposas y unas cajas hechas de alambres destinadas a transportar las mariposas.*

*Una vez que el vehículo de color vainilla estuvo cargado, subieron a él y se dirigieron hacia los bosques de abedules que se encontraban a quince kilómetros de la ciudad. Estuvieron cazando mariposas y recolectando hojas de abedul todo el día hasta que la tarde del mes de abril cayó sobre la luz y los cuatro jóvenes volvieron riendo. Lo habían pasado como nunca corriendo con sus cazamariposas, mimando y guardando cada ejemplar cazado.*

*Cada día, durante dos semanas, partían hacia los bosques cercanos a la ciudad, iban solo dos de los jóvenes junto con Joachim, ya que cada día uno se quedaba al cuidado de los ejemplares ya cazados y depositados.*

Manuel Bobis Reinoso

*Al finalizar el mes de abril, el equipo se preparaba para continuar con sus actividades en bosques que se encontraban a trescientos kilómetros de la ciudad.*

*En junio, comenzó Joachim el estudio de las cigüeñas. Subido a una de las torres de piedra de la ciudad, Sigmund, uno de sus jóvenes ayudantes, gritó mientras descolgaba mediante una improvisada polea un pesado fardo:*

*—¡Van tres pollos, van tres pollos!*

*Una vez que el fardo aterrizó con suavidad, acariciaron los mansos pollos de cigüeña, que fueron colocados en su transporte, donde permanecieron inmóviles. Los pollos fueron transportados al Instituto Federal para la Protección de la Fauna, donde los esperaba una asistente que tenía preparadas la báscula y el instrumental necesarios para marcar los pollos y obtener datos biométricos. A los cigojinos se les colocó unas anillas metálicas, se les midió el tamaño del pico, se les tomó una muestra de sangre y se les devolvió al nido donde nacieron dos meses antes. Durante tres*

148

*semanas, pudieron estudiar los pocos cigöñinos de las pocas parejas de cigüeña que llegaron ese año a la ciudad.*

*A primeros de diciembre, Joachim Heldman y Ludwig Berg pudieron ofrecer una explicación lógica y convincente, con datos claros que no dejaban lugar a dudas. Expusieron sus conclusiones en el salón de actos del Círculo de Amantes de la Ciencia. El primero en intervenir fue Joachim, profesor de zoología de la universidad:*

*—En primer lugar, quiero comentarles que las investigaciones las he realizado en colaboración con el doctor Herman Uebbert, director del Instituto Federal de Protección de la Fauna.*

*»Como ustedes saben, hace veinte años el gobierno se propuso diversificar la producción interna, que estaba muy centrada en la agricultura y la ganadería, con lo que intentaba además que los habitantes de las zonas más desfavorecidas económicamente de la ciudad tuvieran la posibilidad de*

Manuel Bobis Reinoso

*salir de la pobreza. Más allá de los huertos y de las granjas, un total de veintiséis nuevas fábricas elevaron sus altas chimeneas hacia el cielo. Años después, las chimeneas liberaban a diario grandes cantidades de humo negro a las nubes, contaminando el cielo e incluso tiñendo de negro los troncos claros de los abedules. Estos complejos industriales vierten desde hace años contaminantes a las aguas de los muchos arroyos que desembocan en el río Necka, por eso hoy las aguas que riegan nuestras huertas bajan contaminadas. El doctor Herman Uebbert y el instituto llevan años denunciándolo. Nuestro grupo de investigación ha descubierto altos niveles de tóxicos en las muestras de sangre de los pollos de cigüeña anidados en la campaña anterior. Así, en las muestras se detectó un valor enormemente elevado de mercurio y arsénico. Las cigüeñas son aves delicadas que requieren para su reproducción ambientes limpios en los que poder construir sus nidos, por eso se han ido marchando, poco a poco, eligiendo otros lugares menos contaminados para reproducirse y vivir.*

150

»La mariposa de los abedules, *Biston Betularia*, desarrolla su actividad durante la noche, mientras que de día descansa en los troncos de los árboles. Cuando no había contaminación, estos se encontraban cubiertos de líquenes y por ello la variedad clara, por mimetismo, pasaba desapercibida para las aves depredadoras. La variedad oscura de la mariposa, la variedad melánica, resaltaba claramente sobre un tronco claro y era devorada rápidamente por los pájaros, por ello era muy raro ver una mariposa negra.

»La situación ha cambiado radicalmente debido a la contaminación ambiental, ya que es la variedad clara la que resalta sobre los ennegrecidos troncos de los abedules y es la que está siendo casi exterminada. La variedad oscura se ha mimetizado en los troncos negros, se ha reproducido y en pocos años se ha convertido en la variedad dominante.

»Hemos realizado varios experimentos, sabemos que no es la alimentación lo que está provocando el cambio sino la contaminación, que permite a las

Manuel Bobis Reinoso

*mariposas oscuras pasar desapercibidas. Al final de la conferencia les entregaremos un informe en el que se enumeran y describen los distintos experimentos efectuados. Este ejemplo pone de manifiesto que se puede observar la selección natural: si favorece a las mariposas de un color concreto, estas se reproducen con facilidad, mientras que las del otro color tienen muy difícil perpetuar sus genes.*

*»Ahora les dejo con el profesor Ludwing Berg, profesor de biopsicología de la Universidad de Heidelberg.*

*El profesor comenzó:*

*—La relación entre pobreza y tasa de fecundidad es directamente proporcional: las mujeres pobres suelen tener más hijos. La relación entre riqueza y bienestar con la tasa de fecundidad es inversamente proporcional: las mujeres pudientes suelen tener menos hijos, pues estiman que conllevan demasiados costes en alimentación, vivienda, vestidos y educación. Las familias pobres tienen poco que perder de su escaso patrimonio con la llegada de un nuevo miembro.*

152

*»Hace ahora veinte años, los habitantes pobres de las zonas desfavorecidas, gracias al trabajo que encontraron en las factorías, aumentaron considerablemente su nivel de vida y, como consecuencia, como está ciertamente probado, a medida que aumentó su nivel de vida descendió el número de hijos por pareja.*

*Los profesores demostraron con datos irrefutables la causa que articulaba los tres paralelismos y evidenciaron que otras interpretaciones eran espurias. Convencieron a todos, menos a aquellos que no quisieron y siguieron hablando de futuras maldiciones y de ofensas a la religión.*

*Gorrión.*



## Capítulo 6

### Recuerdos de familia

Edmundo miraba por la ventana de la biblioteca, la lamparita estaba encendida y la copa de brandy llena. La noche había cubierto la plaza hacía más de una hora. Su memoria revoloteó recordando aquellas tardes en las que se sentaba junto a su hermano en los bancos de la plaza de San Lorenzo. Eran raras aquellas tardes porque su hermano Melitón, un año mayor, casi nunca quería ni jugar ni estar con él. Su hermano era un muchacho amable, sensible y obediente que prefería jugar con su hermana mayor a involucrarse en los juegos violentos, salvajes y competitivos que Edmundo inventaba. Recordaba con afecto aquellas tardes, porque él siempre quiso estar junto a su hermano mayor, por quien sentía gran admiración y afecto.

Melitón había sido muy mal estudiante, razón por la cual su padre lo puso a trabajar como auxiliar en el puerto de Sevilla con tan solo dieciséis años. Edmundo Fidel recordaba aquellos años con nostalgia y alegría, pues fueron tiempos de gran unión con su hermano, de

Manuel Bobis Reinoso

despertar a la adolescente atracción por las mujeres, de aventuras amorosas que nunca llegaron a consumarse en la cama y de paseos por La Alameda de Hércules sin atreverse nunca a entrar en aquellos locales pintados con colores llamativos. Tiempos de intensos amores platónicos y de cartas a hermosas muchachas que nunca eran contestadas, de inicio en el tabaco y el alcohol, y de juegos demasiado infantiles para su edad, como el correr por las calles de la ciudad.

La biblioteca también le traía recuerdos de su hermano, pues fue allí donde ocurrió el desagradable incidente. Los dos hermanos, junto al hijo del vecino y a otro amigo del barrio; organizaban sesiones de tabaco, alcohol, imágenes pornográficas y masturbación en la biblioteca cuando sus padres estaban ausentes. En una de aquellas sesiones, inesperadamente, Melitón besó en los labios al hijo del vecino, quien se levantó gritando e insultando al atrevido joven, dando un portazo que hizo temblar muros y cristales al salir de la biblioteca. Edmundo quedó sorprendido porque nunca había advertido en su hermano ningún rasgo que hiciera sospechar de su atracción por las mujeres.

Cuando tenía diecinueve años, Melitón conoció a una oficinista del puerto llamada Rebeca, de mediana estatura, pelo y ojos color castaño, entradita en carnes,

labios carnosos, hermosos y voluminosos pechos, trasero redondo y voz fina. Aquella muchacha se parecía extraordinariamente a la madre de los hermanos. En la primera cita, Melitón ya le había acariciado pechos y nalgas. Se hicieron novios justo cuando el verano se convertía en otoño, una tarde en la que el joven perdió su virginidad con la hermosa chica en una de las habitaciones de la casa, mientras Edmundo vigilaba en la calle para alertar a los desnudos amantes en caso de que los padres de él aparecieran al doblar la esquina de la plaza.

El reloj de la iglesia recordó que era la una de la madrugada. Edmundo sirvió otra copa de brandy y paseó por la biblioteca mientras pensaba en lo que le rondaba la cabeza esa noche de nostalgia. De vez en cuando, miraba a través de los cristales, apartando a un lado cortinas y visillos, y contemplaba la solitaria y oscura plaza.

Volvió a recordar a su hermano Melitón y lo elegante que estaba vestido el día de su boda. Se casó con veinte años con Rebeca, la oficinista. Rebeca y Melitón fueron a vivir a una modesta casa muy cercana a la puerta de la Macarena, se mantenían con los limitados ingresos que ambos ganaban en el puerto. Al año de casados

Manuel Bobis Reinoso

tuvieron su primer hijo, a los dos años al segundo, a los tres al tercero y a los seis a la ansiada hija.

Rebeca; mujer abierta, alegre, descarada y sensual; bromeaba en las fiestas familiares con la escasez de sexo que disfrutaba con su marido. Decía que Melitón había logrado pleno, cuatro con tan solo cuatro veces. El tranquilo marido sonreía sin darle más importancia a los sarcasmos de su esposa. Edmundo Fidel recordaba que la primera vez que su cuñada se le insinuó fue durante una fiesta de disfraces en Nochevieja. Vestida de luna, envuelta en una picarona sonrisa, lucía un amplio escote que no dudaba en exhibir ante el coleccionista de infancia cada vez que tenía ocasión. Edmundo, al admirar aquellos voluminosos pechos de oscuras y amplias areolas y advertir las claras intenciones de su cuñada, se incendiaba de deseo prohibido y de miedo a caer en la tentación. Pronto llegaron los roces con los senos y las nalgas de Rebeca cuando su hermano se descuidaba. En más de una ocasión, ella acarició bajo la mesa y sobre el pantalón el pene de Edmundo sin que nadie se diera cuenta.

Edmundo, poco después de que su hermano se casara, creó una empresa de exportación de productos agrícolas. Los dos primeros años fueron difíciles y estuvo a punto de arruinarse, pero tuvo la buena fortuna de conseguir un cliente extranjero que pronto comenzó a

realizar importantes pedidos y que salvó la economía de la empresa. A partir de ese momento, la compañía de Edmundo fue mejorando día a día hasta el punto de poder contratar a su hermano Melitón y a su cuñada, rescatándolos de la pobreza en la que vivían.

La economía cambió drásticamente para toda la familia. Los dos hermanos atendían a los clientes que llegaban de países extranjeros en los restaurantes más elegantes y costosos del centro, donde se servían exquisitos vinos y mariscos de las costas de Cádiz y Huelva. Esto provocó que Melitón se aficionara excesivamente al alcohol, lo que le permitía liberarse de su timidez y hacía aflorar sus deseos sexuales más ocultos.

Una noche en la que los hermanos cenaban junto a sus clientes, un camarero charlatán comentó que en un local del Paseo de Colón unos hermosos y jóvenes hombres practicaban la prostitución con homosexuales. Los miembros del grupo hicieron bromas y rieron, pero después de que los clientes fueran acompañados a su hotel y Edmundo se fuera a su casa, Melitón se dirigió por primera vez al prostíbulo homosexual.

Durante aquellos años Rebeca no había dejado de insinuarle a Edmundo con descaro absoluto. Sonrisas

Manuel Bobis Reinoso

pícaras, roces premeditados con pechos y nalgas, vestidos que se abrían por descuido, besos en las mejillas que acababan en las comisuras de los labios, tocamientos y encuentros por descuido dentro del baño. Aunque Edmundo no quería herir a su hermano, sabía que, tarde o temprano, cedería a la tentación porque aquella mujer le atraía sexualmente hasta el punto de perder la cabeza. No quería coincidir cuando ella estuviera sola porque sabía que no podría contenerse. En una de las ocasiones en las que Rebeca acariciaba el pene de Edmundo sobre el pantalón y bajo la mesa, llegó a abrirle la portañuela y acariciar directamente el rígido miembro.

Melitón se aficionó al prostíbulo masculino. Cada vez que cenaban con clientes se sentía desinhibido gracias al alcohol y olvidaba su timidez liberando sus auténticos deseos sexuales. Su mente y su fantasía estaban fijadas en un joven apuesto que trabajaba en el burdel. Cada vez gastaba más dinero, bebía más alcohol y se sentía más atraído por aquel mundo sórdido, tan distinto al calor de su hogar, de su esposa y de sus hijos.

El atractivo joven, que se había convertido en amante de Melitón, lo presionaba para que abandonara a su esposa, viviera con él y lo sacara del infierno de la prostitución masculina. Melitón hubiera deseado hacer lo

que le pedía, pero era un cobarde que se sentía asustado ante el qué dirán de la gente y ante el enfado de su mujer.

No aceptó la petición, su amante lo chantajeó pidiéndole entonces una suma exorbitante de dinero a cambio de su silencio. Melitón pagó el dinero, sin embargo, una tarde, al llegar a su casa después de trabajar, encontró a su esposa llorando. Al preguntarle qué le ocurría, ella señaló un sobre abierto que estaba en la mesa del comedor. Melitón extrajo del sobre una carta manuscrita en la que su amante describía con todo detalle lo ocurrido en cada uno de sus encuentros.

No pudo ni siquiera mirar a su esposa, salió de la casa, estuvo casi una hora paseando, bebió abundantemente en varias cervecerías. Incapaz de soportar la vergüenza al regresar, subió a la azotea de su bloque de pisos. Saltó al vacío.

Habían dado ya las siete de la mañana cuando Edmundo Fidel recordaba aquellos dolorosos días de la muerte y el entierro de su hermano, el episodio más triste de su vida. También se acordó de Rebeca, aquella mujer atractiva, de cuerpo voluptuoso que tanto le atraía sexualmente. Rememoraba cómo un año después de morir Melitón, se dirigió una mañana a casa de su cuñada. Fue ella quien le abrió la puerta y quien la volvió a cerrar

Manuel Bobis Reinoso

una vez que el hombre estaba dentro. En cuanto supo que sus sobrinos no estaban en casa, Edmundo tomó a Rebeca por la cintura y, sin que ella pusiera resistencia, la besó en la boca por primera vez. Sin sentir remordimiento, la llevó a la habitación, la desnudó e hizo realidad aquel íntimo y ardiente deseo que tantas veces lo había atormentado. Desde ese día, visitaba frecuentemente a su cuñada para hacer el amor. Rebeca no se volvió a casar, Edmundo no lo hizo nunca.

## *Psicocuento 16*

### *Las lágrimas del diablo*

*Satanás, harto de burlas, decidió bajar a la tierra y comprobar lo que, entre risitas, le comentaban casi todos los días. Señor del mal, del dolor, del hambre, de la guerra, de la enfermedad y de la muerte; no podía creer que pudieran existir seres más malvados que él. No le agradaba que en los libros sagrados de varias religiones, aunque se le reconociera a él como señor supremo del mal, no se le hubiera adjudicado ninguna muerte; mientras que a sus dioses coléricos, intransigentes, iracundos y vengativos; se les adjudicaban cientos de miles de muertos entre diluvios, plagas, destrucción de ciudades y castigos varios al ser humano. Curiosamente, esos dioses eran tachados de misericordiosos, mientras que él, a quien no se le reconocía ni una sola muerte, era el malvado, pero eso*

Manuel Bobis Reinoso

*era lo que realmente importaba: él era el mal supremo, y eso le llenaba de orgullo.*

*En la tierra, se disfrazó de humano para frecuentar a la especie que le estaba haciendo sombra en la práctica del mal. Conoció a madres que, tras nueve meses de embarazo pleno de ilusión, eran engañadas por médicos que les comunicaban la falsa muerte de sus bebés; bebés que después eran vendidos a familias poderosas mientras las madres biológicas quedaban destrozadas para siempre, hundidas bajo el dolor. Conoció a usureros, a militares, a políticos, a hipócritas, a traidores, a asesinos, a violadores, a pederastas, a avariciosos empresarios, a ladrones de niños recién nacidos. También conoció a hambrientos, a explotados, a mujeres prostituidas, a mujeres asesinadas y a todas las víctimas de aquellos seres tan infames. Cuando decidió partir, se sentía casi virtuoso al lado de aquellos execrables humanos. Iluso, creía que nadie podía ni siquiera acercársele en la práctica del mal. De sopetón, se encontró gravemente herido en su pundonor, desanimado, hundido, viejo y sin fuerzas*

164

*para competir con individuos semejantes. Cansado e impotente, se marchó a sus infiernos con la autoestima destrozada.*

*Gorrión*



## Psicocuento 17

### La suerte

*Hipólito Vivía en las afueras de la ciudad en una casa rodeada de varias hectáreas de terreno. Zoólogo, necesitaba espacio para cuidar de los muchos animales que poseía. Hacía poco más de media hora que se había puesto el sol cuando oyó un ruido extraño que provenía del exterior de la casa. Se acercó a la ventana para mirar, no vio nada, aunque seguía oyendo extraños ruidos.*

*Decidió salir para ver qué ocurría, pidió a su hijo que lo acompañara. Aunque su esposa, muy nerviosa, les rogó que no salieran, abrieron la puerta y llegaron más allá del porche, fue entonces cuando lo vieron entre las cañas junto al riachuelo. No podían creerlo. Quedaron asombrados contemplando al caballo más hermoso que habían visto jamás. Del color de noche*

Manuel Bobis Reinoso

*de luna, de pelo brillante y proporciones perfectas, equilibrado, nervioso, enérgico, noble, sólido, resistente, de aires brillantes, con más de ciento sesenta y cinco centímetros de alzada. Se acercaron, el caballo, dócil, no se asustó. Quince minutos más tarde, descansaba en las cuadras junto a otros dos potrillos y tres asnos propiedad del profesor.*

*—Papá, ¿qué hacemos con él?*

*—Mañana pondremos el hecho en conocimiento de la Guardia Civil para que busquen a su propietario y devolverle lo que es suyo.*

*A la mañana siguiente, Hipólito notificó a las autoridades del animal que estaba cobijando. Los agentes tomaron nota y se pusieron a investigar a quién podía pertenecer el caballo para proceder a su devolución. Pasó un año sin que la búsqueda diera resultado alguno.*

*—¿Y dices que no te ha costado nada este caballo? —preguntaban todos al profesor Hipólito, el zoólogo.*

—No, he estado preguntando intentando saber quién puede ser su dueño, pero no he conseguido averiguar nada. La Guardia Civil, que ha investigado durante más de un año y tampoco ha podido averiguar nada, me comunicó que, dadas estas circunstancias y que he sido yo quien lo ha cuidado durante este año largo, el animal es legalmente mío.

—¡Qué suerte has tenido!

—No sé si he tenido buena o mala suerte, solo sé que una noche apareció un caballo precioso en mis tierras y que ahora el bello bruto es mío.

Una semana más tarde, el hijo de Hipólito le puso la silla al caballo, montó, se fue a pasear por los caminos que llevaban a la ermita. Al volver, ya dentro de su propia finca, el caballo resbaló cayendo sobre la pierna izquierda del jinete. La pierna se fracturó en varios lugares, el chico fue sometido a una operación en el Hospital de las Cinco Llagas, pero la pierna no se recuperó del todo. Una manifiesta cojera le quedó para siempre.

Manuel Bobis Reinoso

*—¡Vaya, qué mala suerte! —exclamaban los vecinos.*

*—No sé si es buena o mala suerte, solo sé que una mañana apareció un caballo en mis tierras, que ese caballo ahora es mío y que mi hijo ha tenido un grave accidente montándolo. —respondía Hipólito constantemente.*

*El 18 de julio de 1936 estalló la guerra, el hijo de Hipólito no fue reclutado debido a la cojera que le había quedado tras su accidente con el caballo. La gente felicitaba a Hipólito y le comentaban la suerte que había tenido, ya que su hijo no tendría que ir a la guerra. Él siempre contestaba:*

*—No sé si he tenido buena o mala suerte, solo sé que un día apareció un magnífico caballo en mis tierras, que ahora el caballo es mío, que mi hijo tuvo un grave accidente montando a dicho caballo y que ahora mi hijo se ha librado de ir a la guerra.*

*Gorrión.*

## *Psicocuento 18*

### *El maltrato*

*Había llovido abundantemente desde primeros de febrero hasta finales del mes de julio. Los habitantes de Sevilla sentían la necesidad de tomar el sol como nunca la habían hecho. Durante los cálidos días de agosto, los paseos ribereños se atestaban de hombres y mujeres semidesnudos que se bañaban en el río y se secaban cara al sol tumbados sobre una toalla. Por la noche, las cervecerías que bordeaban los paseos se iluminaban con luces tenues, relajantes y románticas para recibir a decenas de ciudadanos deseosos de tomar cerveza y disfrutar del frescor.*

*Una deliciosa noche de aquel delicioso agosto, Rut, la mujer de la risa de pato, estaba sentada en la terraza de la cervecería Juncos junto a su hermano Tomás y la novia de este, Elisa. Reía sin parar con su*

Manuel Bobis Reinoso

*risa de pato cómica y contagiosa. Cada ocurrencia de Tomás o de Elisa era contestada inmediatamente por un explosivo bocinazo cisne de Rut, que captaba la atención de los presentes y provocaba continuas sonrisas. Dámaso Campos, el seductor, también se había fijado en Rut. Se levantó de la mesa que compartía con cuatro amigos, llevando consigo una jarra de cerveza, y se dirigió a la mesa en la que reía Rut con una amplia sonrisa blanca.*

*—Hola, perdona que me dirija a ti sin conocerte, pero me gustaría decirte que me encanta el modo en que te ríes.*

*Rut miraba al joven inmóvil, clavada por el brillo de unos ojos negros que la herían. Sin pronunciar palabra alguna y sin dejar de mirarlo, le hizo con la mano un tímido gesto para que se sentara. Elisa advirtió sorprendida a su cuñada, quien parecía haber quedado en estado catatónico. El joven acercó una silla y se sentó junto a Rut.*

*—Me llamo Dámaso.*

—Encantada, yo soy Rut, ellos son mi hermano Tomás y su novia Elisa.

—¿A qué te dedicas Dámaso?

—Soy hortelano, tengo mi propia huerta, la compré hace...

Rut y Dámaso se citaron para el día siguiente en el mismo sitio, también para el siguiente y para el otro. Ella se sentía completamente enamorada. El sábado noche; paseando por el paseo fluvial bajo tímidas luces amarillas, olor a río, tibia temperatura y luna espléndida; el hermoso joven de ojos grandes, brillantes y negros, labios sensuales, dientes blancos, pelo oscuro y sedoso, mandíbula ancha, piel morena y suave; besó a la entregada mujer que se deshizo célula a célula y placer a placer en aquel eterno e inigualable momento de olor a jazmín y a higuera.

Rut se sentía feliz con su noviazgo, para ella no existía, ni pudiera existir, mejor y más atractivo hombre que Dámaso, aunque a veces no comprendía que él no entendiera que Tomás fuera novio de una

Manuel Bobis Reinoso

*mujer jorobada de metro y medio de estatura, o que se enfadara durante tres semanas si ella le llevaba la contraria en algo.*

*Rut y Dámaso se casaron una mañana soleada de mediados de diciembre. Fueron a residir a una hermosa huerta propiedad del novio cercana a la puerta de la Macarena.*

*Dámaso era un hombre amable y encantador con todo el mundo. Todos hablaban maravillas de él, aunque en ocasiones no era tan agradable con Rut. A veces se comportaba con su esposa de manera controladora obligándola a vestir de manera recatada.*

*No le gustaba que ella fuera a ver a sus padres tan a menudo, no elogiaba nunca lo que Rut hacía y le recriminaba que riera de aquella manera que él consideraba tan escandalosa. Se frustraba rápidamente si su mujer le llevaba la contraria, mostraba poca empatía con lo que ella sentía y en demasiadas ocasiones se mostraba irónico.*

*Rut huía del conflicto, bastaba una mala cara para que ella accediese a lo que Dámaso quisiera y se*

*mostraba siempre con excesiva complacencia y con deseos de agradar. Había idealizado a su marido de tal manera que comenzó a sentirse inferior a él, no quería enfrentamientos porque estaba convencida de que su amado cambiaría en cualquier momento. Solo veía virtudes en aquel hombre tan simpático con todo el mundo menos con ella.*

*Rut se sentía muy triste, algunos aspectos de su matrimonio ensombrecían su contagiosa alegría. Llevaba dos años casada, dos años en los que aguardaba ansiosamente que su marido cambiase.*

*Dámaso escondía bajo el manto de su seductor trato una baja autoestima crónica y un trastorno narcisista de la personalidad que intentaba enmascarar maltratando psicológicamente a su mujer. La ponía en ridículo, intentaba que todo en la casa girara alrededor de su propia persona, obligaba a su esposa a estar continuamente pendiente de él, no aceptaba un no por respuesta, se ofendía fácilmente si se le llevaba la contraria. La humillaba cuando le decía:*

Manuel Bobis Reinoso

*—¡Sin mí no eres nada, sin mí eres una mierda,  
sin mí no podrías vivir!*

*La más mínima crítica de Rut desataba su rabia. A ella le subía la ansiedad casi al borde de un ataque y sentía cómo le faltaba el aire cuando pensaba que a su marido no le había gustado algo. Cada mes veía menos a su familia y amigos porque a él no le gustaba. Comía muy poco, vomitaba en cuanto comenzaba a ponerse nerviosa.*

*Dámaso salía todos los sábados y volvía al mediodía del domingo con intenso olor de perfume femenino impregnado en sus camisas. Rut le reprochaba su falta de compasión, él la amenazaba constantemente con abandonarla. Ella asociaba su valía personal con mantener a su marido a su lado.*

*Un domingo más, Dámaso volvió bebido, envuelto en perfume y manchado de carmín. Rut protestó llorando por su comportamiento, el hombre se lanzó furioso sobre la mujer, la agarró fuertemente del pelo, la abofeteó, la tiró al suelo donde la pateó*

*sin piedad. Ella gritaba y gritaba, pero en el exterior nadie parecía escuchar ningún grito.*

*Hacía tiempo que Rut había perdido ya su risa de pato divertido, aunque cuando estaba con su familia y sus amigos disimulaba porque quería aparentar que en su matrimonio se sentía feliz.*

*Tras aquella primera paliza no fue al médico, se acostó, no salió de casa en un mes. Sus allegados no entendían por qué no podían verla, comenzaron a sospechar.*

*El cuarto año de casada de Rut se convirtió en un infierno insoportable. Dámaso salía cada vez más y le pegaba más. La tachaba continuamente de loca, la culpaba de todo lo que ocurría.*

*Rut permanecía paralizada, sin creer que tuviera derecho a defenderse, había entrado en un estado de catatonia permanente, se hallaba aterrada, se sentía culpable del fracaso de su matrimonio. Su comportamiento era sumiso, se volvió inexpresiva, vivía en un estado de continua alerta, empezó a beber.*

*Comenzó a minimizar la violencia que su marido ejercía contra ella, consideraba que lo que le ocurría no era más que el sacrificio que debía pagar por mantener su matrimonio, único objetivo de su vida, la cual estaba destrozada y la que consideraba inútil. Se veía fea y vieja a los veinticinco años, se estimaba incompetente y culpable de la violencia de su marido, se sentía fracasada como mujer y esposa. Aislada socialmente, pensaba que era incapaz de resolver aquella situación. El estrés, la ansiedad y la depresión se convirtieron en sus continuas compañeras.*

*La familia de Rut ya sabía lo que estaba ocurriendo porque aquella situación era imposible de disimular. Su padre y su hermano Tomás acudían con frecuencia a casa de Rut e intentaban discutir con Dámaso, aunque este nunca entraba en disputa y lucía constantemente su encantadora y falsa sonrisa.*

*Querían llevarse Rut de vuelta al hogar, pero se negaba una y otra vez temerosa de la reacción de su marido. Elisa, la novia de Tomás, intentaba hacerle ver a Rut el peligro que corría: peligro de muerte, de*

*la muerte que ya habían recibido tantas y tantas mujeres maltratadas, pero la mujer, que en otros tiempos fuera alegre, minimizaba el peligro.*

*Una noche, Rut ingresó en el hospital con el pómulo derecho hundido y tres costillas rotas, bañada en la sangre que fluía de un corte en el cuero cabelludo y con el ojo izquierdo y el labio superior inflamados.*

*Un mes después, a la una de la madrugada de un sábado, Lázaro, padre de Rut, puso en marcha el motor de su automóvil de color malva y negro. Salió de la ciudad y llegó hasta la puerta de la muy humilde casa de Elisa, la mujer jorobada de la luminosa sonrisa. Elisa esperaba ya la llegada del coche aterida de frío y sentada sobre su enorme maleta de piel barata. Cuando el coche paró, metió el equipaje en el portamaletas.*

*El coche se dirigió hacia el norte y arribó a la huerta de Rut. Elisa bajó del vehículo, abrió la verja, cruzó el sendero de tierra amarilla que dividía el sembrado de coles del de lechugas, entró en la casa y*

Manuel Bobis Reinoso

*salió acompañada de Rut, quien también portaba una gran maleta. El coche, cargado con el hombre, las dos mujeres y las maletas, entró de nuevo en la ciudad, cruzó todo el casco antiguo y volvió a salir para perderse en la noche rumbo al suroeste.*

*A esa hora Dámaso, el seductor, se encontraba desnudo entre sábanas penetrando a una hermosa muchacha que había conocido dos días antes. La chica ocupaba el lugar trescientos veintisiete entre las mujeres con las que se había acostado el maltratador.*

*Por la mañana, Dámaso vio que la verja de su huerta estaba abierta, entró en su casa, pero no encontró a su esposa. Fue a casa de Rut, donde la madre de esta le comentó que no sabía nada de su hija. Buscó a Elisa, pero al llamar a la puerta no obtuvo respuesta. Una y otra vez volvía a casa de Rut, pero los familiares le repetían que no sabían nada. Una semana después, denunció la desaparición de su esposa. Cinco años después de que su mujer desapareciera, Dámaso ya había perdido toda esperanza de encontrarla. Rut se encontraba en Jerez*

180

*trabajando como asistente en casa de un amigo de su padre.*

*La última mujer a la que Dámaso había seducido era una hermosa joven; de pelo largo, liso y moreno; ojos castaños, caderas anchas, voluminoso pecho y sensuales muslos. Estaba casada con un cargador del puerto de Sevilla. La mujer aprovechaba las horas en que su marido estaba trabajando para meter a su amante en la cama de matrimonio, donde fornicaban casi a diario con una pasión y un placer que no le permitían renunciar ni a un solo día de disfrute.*

*Una mañana, el cargador, advertido por ciertos rumores, llegó a su casa a media mañana. Abrió la puerta de forma sigilosa y fue a la habitación de matrimonio en donde contempló una escena que le rompió el alma y la vida y lo llenó de un furor jamás sentido.*

*El cargador, que medía casi dos metros, se lanzó preso de una intensísima ira sobre el hombre, le asestó más de diez puñetazos que dejaron sin sentido al*

Manuel Bobis Reinoso

*seductor mientras la aterrada esposa lloraba tapándose la cara en un rincón de la habitación. El cargador fue a la cocina, tomó un cuchillo de hoja larga y ancha, regresó a la habitación, asió la cabeza de Dámaso por los cabellos y lo degolló.*

*La sangre se expandió por el suelo como una interminable mancha brillante, la mujer gritaba horrorizada y poseída por el pánico antes de que el cargador la golpeará repetida e interminablemente con el puño cerrado. Dámaso falleció al momento, la mujer doce horas después en el hospital.*

*Cuando la familia de Rut se enteró de la muerte de Dámaso, la hizo regresar de Jerez. Volvió a residir en casa de sus padres, pronto volvió a hacer dibujos de mares y de peces y se oyó de nuevo en las cervecerías su contagiosa y estridente risa pato.*

*Gorrión.*

## Capítulo 7

### Cuaderno adorable de psicocuentos de Ventura Zabolón

Con la evocación placentera de Rebeca todavía fresca en el paladar, Edmundo Fidel se disponía a subir a su dormitorio para descansar de una intensa noche de brandy y baile con su propia memoria. La luz de la alborada comenzaba a filtrarse por el ventanal, apuntando a un día soleado. Los párpados se cerraban solos, pero antes de salir de la biblioteca recordó el sobre cerrado que le había entregado el sobrino de Ventura Zabolón cuando firmó la compraventa. «Entréguese a la persona que compre mi casa». No le había dado importancia, imaginaba que podría ser algún seguro o un listado de profesionales de la carpintería o fontanería de su confianza, que cedía como último servicio de venta. Decidió abrir el sobre, la cama podía esperar un poco.

Un corte maestro dejó ver el vientre de aquel sobre color albero. Guardaba una pequeña llave dorada, sin más instrucciones ni leyenda. La curiosidad de Edmundo se despertó como si hubiera tomado doble dosis de caféina.

Manuel Bobis Reinoso

Todos los muebles y vitrinas lucían con orgullo sus llaves puestas y sus borlones verdes y burdeos colgando. Tan solo quedaba un ojo de cerradura huérfano, el del cajón central del escritorio. El encaje fue perfecto, la media vuelta hacia la izquierda produjo en el tacto y el oído del hombre una sensación oclusiva. Al abrir el cajón, comprobó que en su interior solo se encontraba un hermoso libro de cubiertas en piel, encuadernado y escrito a mano con pluma estilográfica. En la primera hoja en blanco rezaba: «*Cuaderno adorable de psicocuentos de Ventura Zabolón*».

«Doy un vistazo por encima y me acuesto, ya lo hojearé una tarde de estas». Edmundo leyó las primeras páginas recogidas en un apartado titulado Noticia. En aquellas palabras, Ventura se presentaba y le daba las gracias por haber comprado el inmueble. También confesaba que se había suicidado y que la casa escondía un secreto terrible que debía conocer con la lectura de los psicocuentos. Además, le solicitaba que hiciera algo que no especificaba en el escrito.

La temperatura de Edmundo Fidel ascendió bruscamente hasta los cincuenta grados, un sudor gélido le recorrió el cuerpo, le costaba respirar, el corazón se le aceleró, las manos le temblaban mientras sostenía el libro.

Se sentó en el sillón del escritorio, lo último en lo que pensaba en ese momento era en dormir, sintió la ansiosa necesidad de devorar aquellos psicocuentos para conocer pronto qué era lo que le ocurría a la casa. Sus inquietos ojos conocieron la razón por la que Ventura era conocido como Gorrión, una extraña enfermedad del sueño, al hombre que no percibía su imagen reflejada en los espejos, la historia de una giganta, una ciega, una ceguera incomprensible... ¿El fin del mundo?, ¿cigüeñas que desaparecían?, ¿el maltrato a alguna mujer? Habían resonado once campanadas vibrantes en el reloj de péndulo. Hasta ese momento, ningún psicocuento le había revelado nada acerca del terrible secreto que Ventura mencionaba en su manuscrito. La falta de aire y el dolor en el pecho se intensificaron, Edmundo abrió la boca como un batracio intentando introducir algún soplo de tranquilidad en sus pulmones.



## Psicocuento 19

### La aparición

*Desde que falleció su esposa, José Guzmán, el librero, no mostró el más mínimo interés por su librería y llegó a dejar de asistir a su puesto de trabajo. Se sentía cansado, pasaba gran cantidad de tiempo durmiendo, lloraba a cada momento, apenas comía, dejó de bañarse, no se cambiaba de ropa. Se negaba rotundamente a ver a familiares y amigos, se despertaba a las tres de la madrugada y no podía conciliar el sueño hasta la mañana; llegó a pensar tan mal de sí mismo que se culpaba de la muerte de su esposa, pensaba que siempre lo hizo todo mal y que siempre lo haría todo mal. Cayó en una profunda depresión.*

*El librero empezó a escuchar pasos que le recordaban el andar de su mujer. Al cabo de unas semanas, comenzó a oír la voz de su esposa, hasta*

Manuel Bobis Reinoso

*que una noche, estando sentado junto al fuego, la vio sentada en el sillón que había sido el favorito de ella. No pronunció una palabra, no experimentó temor, siguió percibiéndola hasta que se acostó.*

*Al día siguiente, al asomarse a la ventana, la vio venir por la calle, después la volvió a ver sentada junto al fuego e incluso acostada junto a él. Era consciente de que no era real, que se trataba solo de una visión, pero la distinguía con total nitidez. El hecho siguió repitiéndose todos los días.*

*Sentados en el sofá junto a la mesa de metacrilato que guardaba recuerdos de su esposa, contó lo que le ocurría a su hija. Preocupada por el estado de su padre, lo comentó a su vez al doctor Santos Márquez, psiquiatra amigo de la familia. El médico inició la terapia con José, acudía a casa una vez por semana para tratarlo. Allí le explicó a la angustiada hija que su padre estaba realmente muy deprimido y que la visión de su esposa muerta era una experiencia llamada alucinaciones de viudedad; experiencia que algunos viudos y viudas experimentan*

*en situación de trance, fatiga y depresión. Le aclaró que el estado de viudedad es el más estresante que se conoce. Estaba mal, pero tenía la esperanza de que mejoraría con la terapia.*

*Gorrión.*



## *Psicocuento 20*

### *Lobotomía transorbital*

*El doctor Robert S. Brown se encontraba sentado en su despacho del hospital esperando la visita de un paciente. Examinaba viejos documentos que solía sacar de los archivos hospitalarios. Los más antiguos se remontaban a los años en los que se fundó el hospital. Le apasionaba la lectura de aquellos documentos en los que se describían rarísimas enfermedades. Le llamó la atención el caso de Priscila M. Jhonson.*

*Priscila nació en el seno de una de las familias más importantes del país; su padre era entonces un famoso y rico empresario. Niña tímida y tranquila, no era muy inteligente. Durante la pubertad, empezó a experimentar unos cambios de humor tan violentos que la hicieron cada vez más rebelde e intratable. Más*

Manuel Bobis Reinoso

*de una noche se escapó de casa para volver pasado el medio día siguiente.*

*A la edad de veintitrés años, los médicos recomendaron a sus padres que Priscila se sometiera a una lobotomía transorbital para tratar los cambios de humor tan drásticos que sufría, a lo que accedieron dando su consentimiento.*

*Un 2 de marzo, se realizó la intervención en una de las salas de cirugía del hospital. Se trataba de una intervención a ciegas, espeluznante, en la que se introducía una especie de picahielos entre el párpado superior del ojo y el globo ocular cerca del conducto lacrimal, y se golpeaba el instrumento repetidas veces con un mazo de caucho. El objetivo era destruir las vías nerviosas para cortar las conexiones entre la corteza prefrontal y el resto del cerebro. En el informe de los médicos se describía paso a paso la horrible carnicería que se efectuó a la pobre chica, cómo se le dio solo un tranquilizante ligero, cómo introdujeron el leucotomo entre los párpados y los globos oculares de ambos ojos y cómo golpeaban*

192

*cortando tejido cerebral hasta que la muchacha, a la que se le pidió que contara una historia, comenzó a hablar de manera incoherente.*

*Después de la intervención, una vez que se recuperó de la inflamación de ambos ojos, Priscila ya no mostraba comportamiento violento, pero se quedaba mirando las paredes durante horas, tenía mentalidad infantil, incontinencia de heces y orina y emitía sonidos ininteligibles. Un año más tarde, fue ingresada en la Institución Nacional para Discapacitados. La intervención se silenció.*

*Después de leer aquel caso, el médico buscó en el archivo todos los documentos que mencionaran la lobotomía transorbital. Se enteró de que la técnica presentaba un número muy reducido de efectos positivos y que un seis por ciento de los pacientes no sobrevivía a la intervención. Una gran cantidad de los pacientes operados experimentaban deterioro mental, desorientación general, comportamiento delirante y cambios adversos en personalidad y funcionamiento*

Manuel Bobis Reinoso

*social. A veces, el cuchillo se quebraba debido a las convulsiones del desventurado y quedaba dentro del cerebro; en ocasiones, el paciente moría en la misma camilla.*

*Lo que más llamó la atención del doctor Brown fue que la evidencia se basaba en un único caso clínico, en una única observación, en un único chimpancé, en una única situación, y que las evaluaciones de las primeras lobotomías las hicieron los mismos médicos que la practicaban. En treinta años se llevaron a cabo miles de intervenciones transorbitales, incluso se realizaron en los despachos de los médicos.*

*El médico se levantó del sillón, salió al pasillo y preguntó a una empleada si había llegado la persona a quien esperaba, pues hacía ya quince minutos que se retrasaba. La señorita contestó que aún no había llegado. El doctor volvió a sentarse. Sacó del cajón de su mesa un libro de notas con cubiertas en cuero repujado, adornado con dibujos de varios colores entrelazados. El libro se lo regaló su novia Susan hacía*

una semana. Extrajo su pluma del bolsillo de la bata y sobre la primera hoja escribió:

*«Libro de casos del doctor Robert S. Brown».*

Decidió que, independientemente de los informes que debía presentar al hospital, recogería en su libro aquellos casos que más le interesaran. Iba a comenzar por dos señoras a las que comenzó a tratar hacía tres meses, escribió:

*«Los médicos neurólogos enviaron a mi consulta para que comenzara a tratar a una paciente que había sufrido un daño en la corteza parietal posterior. La paciente presentaba dificultades para coger objetos o dirigir un movimiento hacia una posición determinada. No presentaba problemas para ver objetos o para describir su posición, veía los objetos, pero no podía cogerlos ni dirigir su mano hacia el lugar correcto, tenía dificultades para girar las manos para alcanzar el objeto o de acertar con la apertura adecuada de los dedos al tratar de asirlo.»*

*Le coloqué una pelota pequeña sobre una mesita que se encontraba a un metro de la paciente, le pregunté si sabía qué objeto era y me contestó que era una pelota. Pregunté dónde se encontraba el objeto y contestó que se hallaba sobre la mesa. Cuando le pedí que lo cogiera alargó su brazo medio metro a la derecha de la pelota intentando cogerla sin éxito.*

*Dos semanas más tarde llegó a mi consulta otra paciente que había sufrido meses atrás un daño cerebral por envenenamiento por dióxido de carbono. No reconocía las caras de sus familiares ni amigos, ni la forma de objetos familiares, aunque podía reconocer a las personas por su voz o los objetos mediante el tacto.*

*Le coloqué una caja de madera, pintada de rojo y abierta en su lado superior, a unos tres metros de distancia. Pregunté qué era, pero no supo contestar, le pregunté por el color, pero tampoco supo describirlo, no supo dibujarla, aunque cuando se le pidió que dibujara una caja lo hizo bastante bien. Le enseñé un sobre blanco, no sabía qué era, no lo veía, pero*

*cuando le pedí que lo cogiera lo hizo sin ninguna dificultad. Tampoco presentó problemas para levantarse, dirigirse hacia la caja que no veía e introducir en ella el sobre. Al despedirla le alargué la mano y ella la estrechó sin esfuerzo alguno ni tuvo dificultad para alcanzar la manilla de la puerta para abrirla. No veía los objetos; sin embargo, interactuaba con ellos con gran precisión.*

*Una paciente podía ver un objeto, pero no cogerlo. La otra no podía verlo, pero sí asirlo.*

*Existen dos corrientes visuales en nuestro cerebro, la dorsal y la ventral, que realizan funciones visuales diferentes. La corriente dorsal está implicada en la percepción de donde se localiza lo que percibimos, mientras que la corriente ventral está implicada en la percepción de qué es lo que vemos. Una lesión en alguna de estas áreas puede suprimir una función, no obstante, puede dejar la otra intacta».*

Manuel Bobis Reinoso

*El paciente se retrasaba ya una hora, al doctor le dio tiempo de escribir el primer caso y el título del segundo:*

*«El paciente que no podía reconocer las caras».*

*En ese momento se abrió la puerta de la consulta, la señorita comentó:*

*—El señor Hart está aquí.*

*—¡Dígale que pase!*

*Gorrión.*

## *Psicocuento 21*

### *Los celos*

*Recordando el cuento del patito feo, su madre comenzó a llamarla Cisne. Rufina Isolda había cumplido los dieciséis años y se había convertido en una muchacha preciosa, de largos cabellos del color del cobre, ojos de avellana brillantes de luz, piel de nieve salteada de pecas, labios rosáceos, pechos grandes, cintura estrecha, caderas anchas, sonrisa eterna, aire provocador. Era muy consciente de que los hombres la observaban por la calle, algo que la fascinaba debido a la excitación que sentía propia de una criatura que comenzaba a vivir.*

*A la salida del colegio, cada tarde, salía con su cesto de mimbre a vender los huevos de la granja familiar. Recorría el camino entre arroyos y huertas, accedía al casco antiguo de la ciudad por la puerta de*

Manuel Bobis Reinoso

*la Macarena y comenzaba a hacer sonar las aldabas de aquellas viejas casas. Cada día ganaba más clientes, los huevos eran de calidad y tenían un buen precio, lo que se unía a la simpatía de la muchacha a la que numerosos hombres compraban cada día solo por el placer de verla y conversar con ella. Volvía de noche a casa contenta, aunque no tuviera tiempo de estudiar. A ella no le importaba, tenía su mente asentada en otros asuntos.*

*Una tarde de marzo, en la que el invierno ya recordaba a la primavera, llamó a la puerta de Ventura Zabolón, el psicólogo al que todos conocían como Gorrión. El hombre ya la conocía desde hacía dos años, cuando trabajaron juntos como voluntarios el invierno de la gran inundación. Desde entonces, ella solía ir a aquella casa con sus amigos. A los muchachos les atraía sobre todo el taller de juegos que Ventura había instalado en la buhardilla.*

*No la había visto nunca tan hermosa, quizá porque antes era una niña y en aquel momento ya se había convertido en una mujer. Quería venderle huevos*

200

*y, aunque él no necesitaba en aquel momento, le compró cautivado por aquel hechizo vespertino. Ella preguntó:*

*—¿Quieres que vuelva pasado mañana? ¡Ya verás cuando los pruebes que son de gran calidad!*

*—¡Sí, vuelve dentro de dos días, yo te volveré a comprar!*

*La muchacha sonrió seductora.*

*Volvía a la casa cada dos o tres días enamorando a Ventura con su descaro y alegría. De vez en cuando pasaba, él la invitaba a limonada casera y charlaban en la cocina. Un día Ventura le preguntó:*

*—¿Te gustaría subir al taller de juegos? Ya sabes que allí conservo la colección y los nuevos juegos que he inventado.*

*—Sí, me gustaría mucho volver a verlos.*

*Subieron al taller, donde le estuvo enseñando los nuevos juegos. Le preguntó si quería que jugaran a alguno. Ella, con gesto sensual, señaló con su dedo índice el Juego del Amor: un juego erótico, sensual y*

Manuel Bobis Reinoso

*sexual. Una hora después, Ventura desnudaba lentamente en la habitación, con respiración nerviosa, el cuerpo hermoso, joven y natural de Rufina. No podía creerlo. Él, tan poco agraciado, tan poco exitoso con las mujeres, que a sus cuarenta y uno casi no había conocido el sexo, disfrutaba del sueño oculto de muchos hombres. Rufina se deshacía entre sus brazos, consumando la entrega a su primera experiencia sexual con un cierto temor y perfumando la almohada y la sábana.*

*La joven se vistió con rapidez, se percibía por su mirada, fija en algún punto que nunca coincidía con la de Ventura, que su pensamiento permanecía atrapado en lo que acababa de suceder. Nerviosa, dijo adiós con una voz entrecortada y tímida que casi no salió de su cuerpo, cogió la cesta de huevos, bajó corriendo las escaleras y salió de la casa. Aquella noche, Ventura no pudo dormir impregnado en el perfume y en el recuerdo de la chica.*

*A principios de mayo, Rufina volvió a llamar a la puerta. Ventura la invitó a entrar y tomar limonada, ella asintió.*

*—¡Hace tiempo que no vienes! —le comentó.*

*—Me daba vergüenza.*

*—¿Ahora no tienes vergüenza?*

*—Sí, pero tengo que vender los huevos.*

*—¿Solo vienes para vender los huevos?*

*Ella bajó la mirada, el hombre la abrazó y la besó.*

*Ventura mantuvo relaciones sexuales con ella una o dos veces a la semana durante cuatro meses, los más excitantes y satisfactorios en su vida. La muchacha no reveló nada a nadie, ni siquiera a sus amigos.*

*Una calurosa tarde de agosto, desnuda, echada en la cama, Ventura la encontró un poco triste.*

*—¿Te pasa algo Rufina?*

*—Sí, aunque me da un poco de miedo decírtelo.*

*—¿Miedo?, ¿desde cuándo tienes miedo de mí?*

Manuel Bobis Reinoso

—No, no sé si es miedo.

Abrazándola con cariño, le dijo:

—Vamos, cuéntame lo que te pasa e  
intentaremos ponerle remedio.

—Tengo novio —dijo mirándolo a los ojos con  
gesto preocupado.

—¿Has conocido a un chico?

—Sí, se llama Óscar Rodrigo, me gusta mucho.

—¿Cómo es?

Sonriendo, comenzó a hablar del muchacho.

—Es alto, moreno, muy guapo, gracioso y muy  
bueno. Tiene diecinueve años.

—No hay ningún problema, yo no soy celoso,  
entiendo que quieras tener un novio de tu edad.

Rufina dejó de sonreír.

—No voy a venir más.

—¿Por qué no vas a venir más?

—No me parece bien.

El hombre, de mediana edad, sabía que tendría  
que llegar algún día en el que dejara de verla, pero,  
en realidad, no quería hacerlo. Intentó persuadirla de

*que siguiera acudiendo a casa, ella se negó. Vio cómo se marchaba, tranquilo, pensando que pronto regresaría.*

*Tres semanas después, la muchacha no había vuelto. Ventura comenzó a perder la serenidad. La buscó por las calles, la encontró y, aunque no quería volver a la casa, la convenció asegurándole que solo quería hablar con ella. Una vez en la casa, volvió a intentar persuadirla para que siguiera con él. Ella se negó rotundamente. Ventura se cegó, un monstruo desconocido se apoderó de su cerebro, la agarró por el cuello, apretó con una fuerza incontrolable y, casi sin darse cuenta, notó entre sus manos cómo aquella vida se apagaba sin que él dejara de apretar. La estranguló, la asesinó poseído por los celos.*

*A las doce de la noche de aquel 2 de septiembre, los padres de Rufina decidieron salir a buscarla. La policía comenzó el rastreo al día siguiente. Interrogaron a Óscar Rodrigo, el novio de la chica, pues ella había contado a sus padres su nueva relación*

Manuel Bobis Reinoso

*con el muchacho. No sabía nada, aquel día no la había visto.*

*Ventura pensó que pronto aparecería la policía por casa para investigar, porque aquella tarde nefasta, alguien lo había podido ver con ella, o tal vez porque la chica le hubiera contado algo a su nuevo novio, o a sus padres, o a sus amigos. Una semana más tarde, se presentó en la casa un inspector con dos policías, portaban una orden de registro. Ventura supo disimular su nerviosismo, preguntó:*

*—Inspector, ¿por qué quieren registrar mi casa?*

*—¿Usted es cliente de una chica llamada Rufina Isolda?*

*—Sí, le compro huevos de vez en cuando.*

*—Hemos encontrado en la habitación de la muchacha un listado de clientes en el que se encontraba su nombre y su dirección. Estamos registrando todos los domicilios que se encuentran en el listado.*

*La explicación lo tranquilizó.*

*—La muchacha desapareció el martes de la semana pasada. ¿Ese día la vio? —preguntó el inspector.*

*—No lo recuerdo porque venía cada tres o cuatro días, de todas formas, creo que ese día no vino.*

*No sabía si había cometido una estupidez, alguien lo había podido ver hablando con Rufina aquella tarde, además, no quería que se supiera que era la última persona que la vio.*

*Los agentes registraron la casa. No encontraron nada, no volvieron a molestarlo.*

*Buscaron a Rufina durante meses. El calor de los últimos días del verano arrasó los pálidos campos, los árboles de hoja caduca doraron el otoño, volvió a llegar el frío. Ni rastro, ni idea, la policía no encontró nada. Habían interrogado a los clientes habituales, peinado los campos del país, mirado en todos los pozos, buscado bajo las aguas del río. Nada.*

Manuel Bobis Reinoso  
*Gorrión*

## Epílogo

*En el taller donde fabricaba mis juegos, había un hueco entre una pared y una columna, donde hacía tiempo deseaba empotrar un armario. Subí allí el cadáver de Rufina, mi vida destruida y acabada ascendía por las escaleras portando en brazos su pesado cuerpo. Sus brazos se desplomaban en vertical hacia el centro de la tierra, indicándome dónde se encontraba el averno en el que ardería eternamente. Sus ojos malogrados parecían condenarme al dolor perpetuo. Lo asenté en el hueco con cariño, en postura fetal, como si quisiera acomodarlo en su nido. Preparé cemento regado con mis lágrimas; con ladrillos rojos que almacenaba desde la última reforma, levanté una pared entre su cuerpo y el resto de la humanidad. No tuve firmeza para confesar, para entregarme. Lamentaba y lloraba, me arañaba, me hacía cortes en la cara, estampaba mi cabeza contra las paredes, pero en ningún momento*

Manuel Bobis Reinoso

*mis manos tomaron el teléfono para notificar a la policía. Soy un cobarde, un infame que no he sido capaz de aliviar el extremado sufrimiento de su familia. He sobrevivido malviviendo, o mal muriendo todos estos años sin subir apenas al taller donde descansan los restos emparedados de Rufina.*

*Esta misma tarde, Eugenia Luzmila y yo nos brindaremos aliento mutuamente para terminar con nuestras vidas. Este epílogo es el canto del cisne que emite el asesino del cisne: Rufina Isolda, el ser más bello que hayan contemplado los tiempos.*

*Estoy seguro de que usted, señor o señora que compre mi casa, mantendrá el valor del que yo carecí, llamará a la policía, derribará el tabique y recuperará los restos de Rufina para su familia. Ellos merecen saber qué ocurrió, untar un gramo de bálsamo en su infinito dolor, dar a su hija cristiana sepultura. Asimismo, usted merece residir en una casa limpia de horribles secretos, pulcra como, sin duda, es su esencia.*

*Ahora me dispongo a morir. Quisiera despedirme pidiendo a la familia de Rufina perdón por mi inefable cobardía y dando a usted infinitas gracias. En este preciso instante, redondeo mi último punto final.*

*Gorrión.*



## Capítulo 8

### El final de una búsqueda

Una mañana luminosa de abril, el pico de la policía derribó la única pared de ladrillos vistos del que fuera taller de juegos de Ventura Zabolón. Tras los ladrillos, la polvareda dejó ver un esqueleto cubierto con las ropas que llevaba puestas Rufina Isolda el día que desapareció veinte años atrás.

Fin



